

Un vaso escogido

«El Señor le dijo: Ve, porque él es un instrumento escogido» (Hec. 9:15)

F. G. PATTERSON

biblicom.org

Índice

1 - Capítulo 1: El vaso en el alfarero; el alfarero en el vaso	3
2 - Capítulo 2: El fin de la historia del hombre	5
3 - Capítulo 3: El vaso llamado: El nuevo hombre	12
4 - Capítulo 4: El vaso liberado	17
5 - Capítulo 5: ¿Por qué permitió Dios la entrada del mal?	25
6 - Capítulo 6: El nuevo hombre	29
7 - Capítulo 7: El vaso vaciado de la fuerza humana	34
8 - Capítulo 8: El propósito de Dios en el vaso	39
9 - Capítulo 9: Dios en el vaso	44

1 - Capítulo 1: El vaso en el alfarero; el alfarero en el vaso

«Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla» (Jer. 18:3-4).

«¿Será que el alfarero no tiene autoridad sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?» (Rom. 9:21).

Es muy interesante y profundamente instructivo seguir la historia de las almas en la Palabra de Dios. No solo crece nuestro interés al comprender sus caminos hacia “hombres que tienen las mismas pasiones que nosotros”, sino que este estudio nos enseña quién es Dios mismo, en su gracia inefable: es Aquel cuyos dones de gracia y su llamamiento son irrevocables, y cuyo designio se cumplirá plenamente sin ninguna vacilación, en vasos «que él preparó para la gloria; a los que también nos llamó, no solo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles» (Rom. 9:23-24).

En toda esta obra, su soberanía resplandece de manera evidente. Sí, él querría que le concediéramos el lugar que le corresponde, a él «que todo lo hace conforme al consejo de su voluntad» (Efe. 1:11). Él tiene derecho a actuar como le plazca; el hombre no lo tiene. Mediante algunas de sus propias leyes, el hombre querría atar a Dios y encadenar así su voluntad soberana, como si se negara a que él actuara fuera de esas leyes; pero todo cambia cuando sabemos que todas nuestras bendiciones dependen de su perfección absoluta –perfección que se complace en manifestarse en misericordia, la cual constituye sus deleites. De hecho, queridos lectores, nos quedamos sin palabras ante lo que hay en Dios. No tenemos ningún derecho a *pedirle* que salve nuestra alma, que poder intercambiar nuestro lugar con Él en su trono de gloria. Se nos puede conceder la gracia de *renunciar* a tal *petición*, de ponernos ante él, conscientes de que tiene derecho a hacer lo que le plazca. También podemos descubrir –y descubriremos– que nuestro mismo derecho a la misericordia es precisamente la ausencia de todo derecho; y que el descanso del alma se encuentra en Su *naturaleza*, que nunca hubiéramos conocido si él no hubiera tenido la bondad de revelarse a nosotros en Cristo.

Le complació crear un mundo, hacerlo girar en el espacio entre innumerables astros que brillan en los cielos a nuestro alrededor. Le complació dejar entrar el pecado y la muerte en este hermoso escenario. ¿Quién puede responder? Le complació elegir y llamar a un pueblo para que saliera del mundo y, mientras lo soportaba pacien-

temente, dejar que se destruyera a sí mismo “hasta que ya no hubiera remedio”. Le complació enviar a su Hijo para soportar la cruz y sufrir su ira. ¿Quién se interponía ante Él en todo esto? ¡Nadie! En todas las cosas, él hacía, permitía, ordenaba, y es él quien desafía al corazón obstinado que diría: «¿Por qué inculpa aún? Pues ¿quién ha resistido a su voluntad?» Es él quien se digna rebajarse a responder: «Oh hombre, ¿quién eres tú, que replicas contra Dios? ¿Acaso el objeto modelado dirá al que lo modeló: ¿Por qué me has hecho así?» (Rom. 9:20).

¿Hemos ido alguna vez a la casa del alfarero para verlo trabajar en su torno? El artesano toma un trozo de arcilla y lo aplasta sobre el torno que gira ante sus ojos. Les preguntaría: ¿dónde está entonces el vaso? Está en la mente del alfarero, antes de que se le haya dado forma: el diseño está ahí. Sus dedos moldean la masa que tiene ante sí: poco a poco, esta crece ante sus ojos; poco a poco, el pensamiento de su mente se transfiere a la arcilla que se eleva ante él, y los pensamientos hasta entonces inexpresados se transforman en un vaso que sus dedos moldean.

Ve un defecto, una imperfección en la arcilla. Quienes miraban no lo detectaron, como el ojo del artista. Aplasta la arcilla en su mano para volverla a convertir en una masa informe. Y de nuevo, sus dedos la moldean y le dan forma según su diseño. Si los defectos vuelven a aparecer, la arcilla se reduce de nuevo a una masa informe, hasta que por fin se presente ante él, en la perfección de su diseño. Su mirada la examina con satisfacción y orgullo; y la retira del torno para colocarla junto a los objetos selectos que la rodean.

¿Dónde está ahora el alfarero? ¿Dónde estaba el vaso antes de empezar? ¿Estaba en el alfarero? ¿Dónde está ahora el alfarero? Está en el vaso. Todo lo que su mente ha concebido y realizado es visible allí. El vaso está listo para lo que él había destinado.

Tal es la historia del alma. La arcilla está en la mano del Alfarero. Sus dedos lo moldean, y se estropea; el barro necesita ser manipulado con más paciencia y destreza. Aún no está liso y homogéneo, ni flexible en su mano. Lo aplasta una y otra vez. El vaso perfecto estaba ante su mente en Su designio, antes de que su mano tomara el barro y lo colocara en el torno. Pero cuando todo ha terminado, ha transferido su pensamiento a la arcilla con una destreza infalible; ahora se ve al Alfarero en su obra; y es un vaso de misericordia, que él ha preparado para la gloria.

Cuando se producen estas roturas, ¡cuán importante es comprender la razón de esta hábil obra de la mano del Alfarero! ¡Cuántas veces se malinterpretan las lecciones o no se comprenden en absoluto! En la Palabra, podemos ver estas acciones en la historia de las almas, y los resultados que se alcanzan. En ella vemos cómo Dios

actúa con nuestras propias almas, así como su obra. Contemplamos entonces las magníficas formas que resultan de su mano; nos sometemos a lo que nos sucede; vemos el fin del Señor: sabemos lo que significa «todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios, los que son llamados según su propósito» (Rom. 8:28).

En la primera creación, Jehová Dios tomó polvo de la tierra, como un alfarero [1], y formó [1] un hombre; luego «sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gén. 2:7). Pero el vaso se ha estropeado. El divino Alfarero retoma la misma masa, despliega de nuevo su habilidad y forma un vaso de misericordia, para la gloria eterna: una nueva creación en “Cristo”.

[1] «alfarero» y «formar» tienen la misma raíz en arameo: *yatsar*.

2 - Capítulo 2: El fin de la historia del hombre

«¡Córtala! ¿por qué ocupa inútilmente sitio en el terreno?» (Lucas 13:7).

En la tierra, un solo hombre (que en otro tiempo había sido hijo de Adán) pudo decir: «Sed imitadores míos» (Fil. 3:17), sin más precisiones. Este hombre era el apóstol de las naciones, Saulo de Tarso, llamado más tarde Pablo. No nos habla aquí como apóstol, armado con el poder y la autoridad de Cristo, sino como cristiano, jefe o representante de toda la profesión cristiana, que sabía mejor que nadie cuándo afirmar y demostrar su función apostólica, y cuándo y cómo dejarla de lado. Con esta notable expresión, aquí la deja de lado, como en toda la Epístola.

En otros pasajes, utiliza un lenguaje que aparentemente tiene el mismo significado, pero añadiendo precisiones: «Sed imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo» [2] (1 Cor. 11:1, etc.). Pero la diferencia es muy grande, incluso sin entrar en el sentido de las palabras en la lengua original. En *este versículo*, enseña la renuncia a todas las cosas para enriquecer al otro: lo que Cristo siempre hizo, y es en eso en lo que él le seguía. Pero en el otro pasaje (Fil. 3:7-14), corre la carrera cristiana hacia la meta, dejando todo atrás, y buscando «ganar a Cristo, y ser hallado en él» (Fil. 3:8-9), ¡para ser conforme a él! Corre para *alcanzarlo todo*, al final. Cristo nunca hizo eso. Ciertamente renunció a todo, pero nunca corrió para alcanzar algo, pues siempre fue *Él mismo*, ya fuera en la tierra o en el cielo.

[2] Este versículo se sitúa más correctamente al final del cap. 10, como continuación de la verdad de la que se habla.

No hace falta decir que sus escritos, ya sea que afirme su apostolado o lo deje de lado, todos tienen la misma autoridad, como Palabra de Dios. Estas distinciones sutiles y conmovedoras serán aún más valiosas cuando sean captadas por una mente espiritual.

Considerémoslo, pues, como un cristiano, un hombre celestial, un vaso de misericordia, un «instrumento escogido» (Hec. 9:15), como el representante o el arquetipo del cristianismo, un vaso lleno del Espíritu, que puede decir: «Sed imitadores míos, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo (en griego *typos*) que tenéis en nosotros» (3:17).

Veamos, en primer lugar, el momento, en la historia del mundo, en el que el «instrumento escogido» fue llamado. Esto confiere gran importancia a la forma en que fue llamado, así como al estado de la humanidad de la que fue separado para Cristo, en ese momento

Tomaremos primero la parábola de la higuera plantada en la viña, utilizada por el Señor Jesús en [Lucas 13](#). La hora del juicio de Israel se acercaba a pasos agigantados, pero sus ojos estaban como “ciegos”. Habían hecho de su Señor su «adversario» al rechazarlo ([Mat. 5:25](#); [Lucas 12:58](#)), y él les aconseja, si es así, que se pongan rápidamente de acuerdo con su adversario mientras están «en el camino», no sea que su adversario los entregue al juez, y el juez, al alguacil; y el alguacil, a la cárcel, de donde no saldrían hasta que se hubiera pagado el último centavo. Al hablar así del juicio, algunos evocan el juicio *parcial* que había caído sobre los galileos ejecutados por Pilato. Hablaban de ello como de una “noticia de sucesos”, con la idea común de que tal juicio especial por parte de Dios solo afectaba a aquellos sobre quienes recaía, que lo merecían más que sus congéneres. Consideraban que eso era la señal de que Dios gobernaba el mundo de manera externa y manifiesta, de modo que podían aceptarlo o comprenderlo. El Señor aplica inmediatamente este caso y el de las 18 personas sobre las que cayó la torre de Siloé a la conciencia de todos los que le rodeaban; Dijo que el juicio sería de ahora en adelante universal y ya no *parcial*, y que si no se arrepentían, perecerían *todos* de igual manera, que no serían solo aquellos de entre sus hermanos a quienes creían dignos del juicio de Dios.

A continuación, pronuncia la parábola de la higuera plantada en la viña ([Lucas 13:6-9](#)). Era una imagen de lo que estaba sucediendo en ese momento y de su desenlace.

Durante los 3 años de su ministerio, el Señor había venido a buscar fruto en su higuera, y al no encontrarlo, le dijo al viñador: «Hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera y no lo encuentro; ¡córtala! ¿Por qué ocupa inútilmente sitio en el terreno?». Era la sentencia justa. La higuera no solo era estéril, sino mala, «estorbaba». Pero la gracia dice: «Señor, déjala también este año, hasta que yo cave a su alrededor y le eche abono; y si da fruto en el futuro, bien; y si no, la cortarás» (Lucas 13:7-9). Este período adicional de prueba es el nuevo ministerio del Espíritu Santo enviado en Pentecostés y culmina con el martirio de Esteban, cuando finalmente rechazaron a Cristo en la gloria. Así concluye la historia de Israel, como la del hombre bajo los designios de Dios.

Este año de gracia adicional estuvo marcado por señales y súplicas del Señor hacia su pueblo, hasta que este lo rechazó. Al abrir el libro de los Hechos (Hec. 1), encontramos al Señor Jesús resucitado entre sus discípulos. Sus corazones aún se aferraban a las esperanzas de Israel, sin estar seguros del desenlace. Le preguntaron: «Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino a Israel? Pero él les respondió: No corresponde a vosotros saber los tiempos ni las circunstancias que el Padre ha puesto bajo su propia autoridad; pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y seréis mis testigos, no solo en Jerusalén sino también en toda Judea, Samaria y hasta en los últimos confines de la tierra» (v. 6-8).

En la legislación de un país, cuando una ley queda obsoleta –por haber cambiado las circunstancias en las que fue promulgada–, el legislador deroga la antigua ley y promulga otra, adaptada a la nueva situación.

Cuando el Señor envió a los 12 a predicar el reino de los cielos a Israel (Mat. 10), la misión era muy limitada. Él era «ministro de la circuncisión, para demostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas dadas a los patriarcas» (Rom. 15:8). Todas las promesas hechas a Israel se cumplían en Él. Su misión era: «No vayáis por camino de *gentiles*» (10:5) –aún no había palabra para ellos. «Ni entréis en ciudad de los *samaritanos*» –esa raza mestiza, mitad pagana y mitad judía, no tenía más promesa de Dios que las naciones. «Sino (dijo el Señor), id más bien a las ovejas perdidas de la casa de *Israel*» –ellos eran los destinatarios de esta misión limitada, pero necesaria y preliminar. Y ni siquiera abarcaba a todo Israel, «porque no todos los que descienden de Israel, son Israel» (Rom. 9:6); no, «En cualquier ciudad o aldea en que entréis, averiguad quién en ella es digno» (v. 11). Esta misión se limitaba, pues, a los que eran dignos: el piadoso remanente del pueblo. Pero como la nación rechazó a Jesús, y su obra expiatoria se cumplió en la cruz donde su propio pueblo lo había colocado por medio de las naciones, todo había quedado ya concluido en

lo que respecta a las promesas hechas a Israel.

Pero Cristo fue resucitado, triunfando sobre todos sus enemigos. La gracia ilimitada de Dios es libre de bendecir a todos los hombres en justicia por su obra en la cruz. Las antiguas instrucciones de [Mateo 10](#) debe ahora modificarse. El ámbito es demasiado estrecho para que esta gracia pueda extenderse; así, aligerando por así decirlo el paso al acercarse a la cima del Monte de los Olivos, se vuelve hacia un mundo de pecadores perdidos, en ruinas, y confiere a sus discípulos su nueva misión, con toda la amplitud de su corazón. Debían comenzar en Jerusalén, donde la fe había muerto; luego continuar la misión en Samaria, donde la fe llevaba siglos corrompida; ¡y llegar hasta los confines de la tierra, donde no había fe en absoluto! La gran respuesta a los diferentes estados del hombre se encontraba en un Cristo resucitado, del que ellos eran testigos.

¿No se puede decir que estos 3 círculos concéntricos nos dan la clave de los 27 capítulos siguientes del libro de los Hechos? La misión comenzó en Jerusalén (2-7), se extendió a Samaria (8) y luego (9-28), con Pablo, hasta los confines de la tierra en principio, es decir, a toda la creación (comp. con Col 1:23).

Esas fueron sus últimas palabras en la tierra, palabras de despedida. «Mientras ellos seguían mirando fijamente al cielo y veían cómo se alejaba, dos varones con vestiduras blancas se pusieron junto a ellos, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, volverá del mismo modo que lo habéis visto subir al cielo» ([Hec. 1:9-11](#)). El año de gracia especial debía ser concedido a la higuera: por lo tanto, el Señor no quería aún arrancarles definitivamente de sus esperanzas judías. Estos «varones galileos» debían apartar los ojos del cielo hacia el que miraban y bajarlos hacia la tierra. Jesús volvería a ellos «del mismo modo»; lo verían salir de la nube, y sus pies se posarían en el Monte de los Olivos ([Zac. 14:4](#)), de donde acababan de verlo ascender. Sería su venida a Israel, con los insignes del reino y de la gloria terrenal.

Aún no podían ver (por el Espíritu Santo descendido del cielo) el interior de la nube que vio Esteban, cuando, lleno del Espíritu, vio los cielos abiertos, mientras los miraba fijamente ([Hec. 7:55](#)). Entonces todo había terminado definitivamente. Los ángeles no apartan sus ojos del cielo, como en [Hechos 1](#), pero el Espíritu Santo los dirige hacia el cielo, que es la esfera a la que ahora pertenece Esteban; y Jesús, que primero lo había sostenido cuando estaba en manos de sus asesinos, recibe su espíritu, y todo ha terminado para siempre en lo que respecta al hombre en este terreno.

Veremos más adelante cómo Pablo comienza con la gloria de Dios, vista en el rostro de Cristo.

El Espíritu Santo fue enviado desde el cielo en **Hechos 2**. En **Hechos 3**, los testigos Pedro y Juan suben al templo «a la hora de la oración, la hora novena». Un hombre, lisiado de nacimiento, estaba colocado cada día a la puerta del templo llamada la «Hermosa», y pedía limosna para su sustento. Era la imagen de Israel. Por “hermoso” que fuera el lugar donde se encontraba, eran como aquel mendigo cojo, y nunca habían caminado de verdad; además, estaban privados de las bendiciones de Israel en cuanto a su «canasta y su artesía» (**Deut. 28:5**), y de «plata y oro». En cuanto a su prueba, su historia había terminado, pues el hombre tenía «más de 40 años» (**Hec. 4:22**). Anteriormente, un paralítico había permanecido tendido junto al estanque de Betesda (**Juan 5**) durante 38 años (el tiempo que Israel vagó por el desierto, hasta que la serpiente de bronce fue levantada para ellos, en **Núm. 21**); allí, en **Juan 5**, su historia aún no había terminado de ser contada. Pero ahora (**Hec. 3**), todo había terminado para ellos. Los 40 años evocaban el fin moral del pueblo bajo el antiguo orden de cosas.

Pero esa «hora novena» había sido testigo de otra oración, procedente del corazón de Jesús en la cruz, cuando las tinieblas cubrieron toda la tierra, desde la sexta hasta la novena hora (**Lucas 23:44**) –«la hora de la oración» y del «sacrificio de la tarde» (**Esd. 9:4**). A esa hora, Jesús entregó su espíritu a su Padre, y el velo se rasgó desde arriba hasta abajo. El judaísmo había llegado a su fin; Dios se había revelado plenamente; el pecado del hombre estaba en su punto más alto, ya que se encontraba allí frente a Dios. Pero allí, los pecados de su pueblo fueron expiados, y el trono de la justicia quedó eternamente satisfecho.

«Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy: ¡En el nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y anda!». Al instante, «de un salto se puso en pie» y entró en el templo «andando, saltando y alabando a Dios». Dios estaba dispuesto, por medio de Jesús, a hacer esto para toda la nación de Israel, si esta hubiera recibido entonces a su Hijo y se hubiera postrado por la fe ante su nombre.

Pedro se dirige ahora a Israel (**Hec. 3:12-26**) instándoles a arrepentirse, para que Cristo, a quien han rechazado, vuelva de los cielos, para que lleguen los tiempos de la restauración de todas las cosas, de los que hablaron los profetas, y para que la nación sea plenamente bendecida. La respuesta a esta exhortación se encuentra en los capítulos siguientes. En **Hechos 4**, los 2 testigos son encarcelados, y en **Hechos 5**, los 12 también son encarcelados. Luego, en **Hechos 6 y 7**, Esteban, el último

gran testigo, resume la historia de aquellos que rechazaron a todos los liberadores que Dios envió. Vendieron a José a Egipto; le preguntaron a Moisés: «¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez?» (vean [Éx. 2:14](#)). Mataron al Justo, tal y como habían anunciado sus profetas, ¡y ahora se resistían al Espíritu de Dios! Una Ley violada, profetas apedreados, un Cristo asesinado y un Espíritu al que se resisten: así concluye la historia. Al taparse los oídos y abalanzarse sobre él, eran como «el áspid sordo que cierra su oído, que no oye la voz de los que encantan» ([Sal. 58:4-5](#)), que nunca encantaban con tanta sabiduría. El espíritu de Esteban va hacia Cristo; y Cristo, de pie y listo para volver, se sienta ahora a la diestra de Dios, esperando a que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies ([Hebr. 10](#)).

Saulo de Tarso, entonces un joven, presenció la muerte de Esteban y «los testigos dejaron sus ropas a los pies de un joven llamado Saulo. Y apedreaban a Esteban» (7:58).

El Sanedrín envejecía; la energía que había desplegado en vano contra la cruz se debilitaba cada vez más, cuando este joven entró en escena. Este hombre era muy erudito, tenía una vida intachable y probablemente pertenecía a la casta más alta entre los judíos, la más excelente de la religión de los fariseos; y, poseyendo quizá la mayor energía concedida al hombre, fue bienvenido en el gran Sanedrín de Israel y se le encomendó la tarea de erradicar la religión del Nazareno. Con un celo por el Dios de sus padres que superaba al de todos los demás en aquella época, estaba allí cuando se asestó el golpe de gracia al rechazo de Jesús, con la lapidación del primer mártir, Esteban. Para que a los asesinos no les estorbaran sus largas vestiduras orientales, «dejaron sus ropas a los pies de un joven llamado Saulo» y «consentía en su muerte» (8:1).

Toda la Asamblea cristiana fue entonces disuelta en Jerusalén y dispersada por todas partes, «excepto los apóstoles». Saulo tuvo entonces que cumplir su misión en otro lugar: Damasco fue el siguiente escenario de su celo.

Pero antes de abordar este tema, quisiera destacar la conmovedora gracia que se trasluce en [Hechos 8](#).

A lo largo de la historia pasada de Israel, Dios buscaba encontrar una respuesta en sus corazones; actuaba a través de la Ley, de los profetas, de Juan el Bautista o de Cristo. Todos fracasaron: sus corazones no respondieron ni a los truenos de la Ley, ni a las exhortaciones del ministerio profético; y la gracia de Cristo, al final, no suscitó más que el grito: «¡Quítalo, Quítalo! ¡Crucifícalo!» ([Juan 19:15](#)). El testimonio final se dio en la Asamblea, formada en Pentecostés; la voz del Espíritu Santo proclamó

las «grandes obras de Dios» (Hec. 2:11). Ya hemos visto que este testimonio duró hasta que, en Hechos 7, terminó la prueba que buscaba el bien en el corazón de Israel, o una respuesta a la bondad perfecta del corazón de Dios. Ahora se pasaba página, y ya no se buscaría que el corazón del hombre produjera el bien, sino que el bien fuera puesto en él por un nuevo ministerio inaugurado con la conversión de Saulo. Pero aún quedaba una cosa por hacer que Dios no quería dejar pasar; es lo que encontramos en Hechos 8.

Un descendiente de Cam había recorrido un penoso viaje a través de los desiertos de África, desde las moradas de Cus, y, con el corazón cargado, se había dirigido a Judá, «donde Dios es conocido» (Sal. 76:1). Había oído hablar del Dios de Israel y de la ciudad santa donde se le podía encontrar. Hasta entonces, el torrente de misericordia se había derramado desde el trono de Dios sobre Jerusalén. Pero Jerusalén, rechazando las «santas y fieles bendiciones de David» (Hec. 13:34), había desviado el torrente. Pero no ha dejado de fluir, aunque su curso haya sido modificado. Ahora se dirige hacia la impura Samaria, y continúa más allá hasta llegar a los desiertos. Allí vemos al etíope regresar a su país, con el alma insatisfecha, pues el día de Jerusalén ha pasado; ella no ha conocido «el tiempo de su visitación» (Lucas 19:44). Pero Dios «recompensa a los que le buscan» (Hebr. 11:6), y ese corazón en búsqueda no habrá buscado en vano. Por orden del Espíritu, Felipe se acerca y escucha a este hombre leer al profeta Isaías. Ni la prosperidad, ni la instrucción, ni la posición en el mundo le habían dado la riqueza que iba a encontrar en el libro que traía de Jerusalén. Felipe comenzó por el mismo pasaje que él leía y «le predicó la buena nueva de Jesús» (Hec. 8:35). Había encontrado al único que podía satisfacer su alma, y continuó «su camino gozoso» (Hec. 8:39). ¡Etiopía no ha extendido sus manos hacia Dios en vano! (Sal. 88:9). El etíope se marcha con el corazón y la conciencia tan blancos como la nieve, por la sangre del Cordero.

He leído este capítulo, considerando que es un paréntesis situado entre la primera vez que se habla de Saulo, tras la muerte de Esteban, y su viaje a Damasco (Hec. 9). Amados, es como si Dios dijera –aun cuando esa solemne escena del martirio hubiera cerrado para siempre el terreno en el que Él quería actuar con Israel, que Él iba a «expulsarlos de su seno» e inaugurar un nuevo orden de cosas– “si un alma me busca, en toda la tierra, esa alma no me buscará en vano; yo soy el que recompensa a quienes me buscan”.

Pero cuando llego a Saulo, encuentro el otro lado, que ilustra este nuevo comienzo a partir de los antiguos caminos; y en él se ilustra la palabra –escrita más tarde por su propia pluma –: «Fui hallado por los que no me buscaban» (Rom. 10).

3 - Capítulo 3: El vaso llamado: El nuevo hombre

«Él es un instrumento escogido» (Hec. 9:15).

Veremos, pues, este momento de la historia del pueblo y del mundo al que llegamos. Los caminos de la gracia presentados para ser recibidos por Israel, y la prueba de Israel para demostrar lo que es el hombre, habían terminado para siempre.

Ahora, veremos más que eso en Saulo, quien se presenta no como miembro de la raza elegida, la simiente de Abraham, sino en el terreno común del hombre, «muerto en vuestros delitos y pecados» (Efe. 2:1). Por eso, encarna el pecado del hombre como raza, en sus diversas respuestas a los caminos de Dios.

Podemos saber que, después de haber puesto a prueba en el paraíso y de que este cayera, Dios lo puso a prueba fuera del paraíso, durante 4.000 años, como pecador que le había dado la espalda a Dios. A grandes rasgos, primero fue puesto a prueba por la conciencia que recibió al caer –se volvió impío y contaminado–; luego, por la Ley –se convirtió en transgresor de la Ley–; luego, por el ministerio de Jesús en gracia –lo crucificó–; y, por último, por el Espíritu de Dios enviado del cielo –se le resistió–. Tal es, con numerosos detalles, la historia de la prueba del hombre.

Si pasamos ahora a **1 Timoteo 1:15-16**, leemos: «Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto me fue otorgada misericordia, para que, en mí, el primero, Jesucristo mostrara toda paciencia, como modelo de los que van a creer en él para vida eterna».

Aquí, él ocupa claramente el primer lugar, como “el primero de los pecadores”; como el hombre en quien se ha manifestado toda la paciencia de Dios; y también como modelo de todos los que le seguirían en la fe en Cristo. Esto merece una atención especial. ¡Fíjense bien en la expresión: «toda su paciencia»! Esto abarca el largo período desde la caída del hombre (cuando se alejó de Dios al principio, tras haber sido expulsado del paraíso) hasta que esa paciencia cesa por completo con el rechazo del ministerio del Espíritu Santo (Hec. 7).

Desde entonces, la paciencia de Dios se basa en otros fundamentos (2 Pe. 3:9, 15). Él no quería que nadie pereciera, sino que todos llegaran (o encontraran lugar) al arrepentimiento. Y, además: «Considerad la paciencia de nuestro Señor como salvación».

Pero en Saulo, exteriormente irreprochable, vemos al hombre que podía decir:

- 1) «He vivido delante de Dios con toda buena conciencia hasta el día de hoy» (Hec. 23:1).
- 2) «En cuanto a la justicia que hay en [la] Ley, irreprochable». (Fil. 3:6).
- 3) «Pensé que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús el Nazareno» (Hec. 26:9).
- 4) Y, cuando el mártir Esteban acusó a los judíos diciendo: «Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así hacéis vosotros» (Hec. 7:51), Saulo estaba allí, y los asesinos de Esteban depositaron sus ropas a sus pies, mientras que él, guardando las ropas de los que apedreaban a Esteban, consentía en su muerte.

Vemos, pues, aquí la encarnación de la paciencia de Dios en un hombre, exteriormente sin mancha. Aunque su conciencia estaba en paz y era irreprochable en cuanto a la justicia que viene de la Ley, por lo que sabía, perseguía sin embargo a Cristo y se resistía al Espíritu de Dios con un celo asesino; y más aún, ahora podía afirmar, por el Espíritu de Dios, que era el mayor de los pecadores, o el jefe de los pecadores. Porque, con su gran energía, había emprendido una tarea cuyo objetivo no ha sido superado por ningún otro: ¡borrar de la tierra el nombre del Nazareno!

Armado con los poderes del sanedrín, y «respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor», este hombre que “ocupaba inútilmente la tierra”, este fariseo sin fruto, haciendo el mal por todas partes, se dirigía a Damasco; entonces Dios tomó el hacha y, de un solo golpe, derribó el árbol. Durante demasiado tiempo había “ocupado inútilmente la tierra”, haciendo el mal a su alrededor.

Pero ahora, retrocedamos y examinemos, en esta escena, los motivos de la actitud de Cristo hacia él.

Su cruz era “el juicio del mundo”: el hombre había colocado allí a Jesús por manos inicuas. Esa fue la respuesta de su corazón a la perfección de la bondad en Dios. Allí fue donde “se revelaron los pensamientos de muchos corazones”. El corazón del hombre y el corazón de Dios estaban allí. El corazón de Cristo y el del pobre pecador condenado estaban allí, así como los corazones de aquellos que amaban verdaderamente a su Maestro, pero que, cuando el poder de Satanás –el poder de las tinieblas– se apoderó del espíritu de los hombres, lo abandonaron y huyeron.

Pero cuando Cristo expiró, el velo del templo se rasgó en 2, como si Dios hubiera esperado ese momento para mostrar que el juicio se había llevado a cabo tan perfectamente, que la distancia entre él y un mundo de pecadores había desaparecido,

que ahora podía salir para abrazar al hijo pródigo con toda justicia, y dar una nueva vida al árbol que había cortado cuando ocupaba inútilmente la tierra. La tumba donde había reposado Jesús fue «abierta» al cabo de 3 días, para mostrar que Aquel que había eliminado esa distancia ya no estaba allí. Pero ahora (Hec. 9), Él rasga los cielos y se adelanta, proclamando de nuevo su verdadero nombre que Dios le dio, «Jesús» –Jehová Salvador–: «Yo soy Jesús», el Nazareno, Aquel que salva a mi pueblo de sus pecados.

Saulo y sus acompañantes se dirigían a Damasco, con cartas dirigidas a las sinagogas, para que, si encontraba a personas del «Camino», pudiera llevarlas atadas a Jerusalén. En aquella época, el cristianismo no tenía nombre. Había entrado en el mundo, pero no formaba parte de él y no seguía sus caminos. No era el judaísmo con sus ceremonias, instituido por Dios, pero ahora corrompido por el hombre. No era el paganismo, con sus abominables orgías impuras. Era algo celestial y extraño, regido por ninguno de los principios que gobiernan el mundo. No tenía nombre, pero se la llamaba el «Camino». Varias veces en el libro de los Hechos se la nombra así (9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:22).

De un solo corazón y una sola alma, con una gran gracia sobre todos; había en el corazón de aquellos que habían sido expulsados de todo en la tierra, un propósito celestial, un valor y un gozo que no procedían del hombre. Esteban, el mártir apedreado por la multitud, pudo arrodillarse, orar con fervor por la bendición de sus verdugos y, mirando fijamente al cielo, encomendar su espíritu a Cristo y entregar su alma. Aunque sus discípulos fueran azotados, tuvieran los pies en los cepos y la espalda ensangrentada sobre el suelo frío de la oscura prisión, cantaban alabanzas a Dios a medianoche, en lugar de lamentarse por su suerte. Otros se regocijaban de sufrir oprobios por el Nombre. ¿Qué nombre se podía encontrar, pues, para una religión así? ¡No había ninguno! Es por lo que se la llamó el «Camino». De hecho, nunca tuvo nombre hasta que, los primeros, los burlones de Antioquía llamaron a los discípulos «cristianos». Esta denominación sarcástica de los hombres fue entonces aceptada por el Espíritu de Dios. Pero en ese momento, aún no tenía nombre, y Saulo, decidido a exterminarla, se dirigía con su tropa hacia Damasco para encontrar allí a los que eran del «Camino».

En un instante, todo cambió. «Al mediodía, ¡oh rey!, yendo por el camino, vi una luz que venía del cielo, más brillante que el sol, su resplandor me rodeó a mí y a los que me acompañaban. Y, después de caer todos al suelo, oí una voz que me decía en lengua hebrea: ¡Saulo, Saulo!, ¿por qué me persigues? ¡Dura cosa te es dar coces contra los agujones! Yo dije: ¿Quién eres, Señor? Y me contestó: Yo soy Jesús, a

quien tú persigues» (Hec. 26:13-15).

Esta terrible respuesta es el final solemne para su conciencia. ¡Cristo y Saulo están cara a cara! Saulo, con toda su energía, su enemistad y su violencia contra el Señor; y Aquel cuya respuesta misma, tranquila y conmovedora, habla de misericordia. «Yo» y «tú»! A solas, cara a cara, se encontraban en persona Cristo y ese perseguidor, ese ultrajoso que “ocupaba inútilmente la tierra”, ese temible devastador y destructor de la Asamblea de Dios. «Yo soy Jesús»: habiendo cumplido su misión en la tierra, y en el resplandor de la gloria del cielo, ¡no buscaba más que a personas como Saulo, para mostrar las virtudes de la salvación! Habla, Saulo; haz oír tu voz; aún no ha llegado el día en que aquellos que se niegan a responder ahora se quedarán entonces “sin voz”.

«¿Qué debo hacer, Señor?» (Hec. 22:10). No es la respuesta “Señor, *te seguiré*”, que expresa la voluntad del hombre, la que había dado otro que aún no conocía su propio corazón. más bien es: «¿*Qué debo hacer*, Señor?». Esta alma se había convertido a Cristo. La voluntad del hombre estaba quebrantada; solo contaba la voluntad de Dios. Era instintivo, la expresión de la obediencia, el primer rasgo del nuevo hombre. El viejo árbol había sido cortado de raíz; una nueva vida había sido implantada por la voz vivificante del Hijo de Dios –y de inmediato se debate por actuar, incluso antes de que su conciencia esté en paz; es más, incluso mientras su alma lucha.

Cegado durante varios días por esa luz gloriosa, ciego a todo lo que le rodea, para ver solo lo que hay en su propio corazón, ni comida ni bebida pasan por sus labios durante 3 días; su alma angustiada puede decir: «De lo profundo, oh Jehová, a ti clamó» (Sal. 130:1). Todo esto había sucedido en un instante y ahora debía perfeccionarse en su alma mediante un Evangelio procedente del trono de Dios, un Evangelio que expresara el valor que el Padre otorga a lo que su Hijo hizo al morir, resucitar y ascender: el Evangelio de la gloria de Cristo. Este hijo de Benjamín, que se precipita a mediodía como un «lobo», «repartirá los despojos» (Gén. 49).

«Y tomándolo de la mano lo condujeron a Damasco». Allí, en la soledad del arrepentimiento, en la casa de Judas, en la calle llamada «Derecha», de rodillas está en oración –tan cierto era esto que el Señor lo evoca en su conmovedora entrevista con Ananías, diciendo: «Porque está orando». Tal es el segundo rasgo del nuevo hombre. Es la oración –expresión de la dependencia– lo que se percibe de inmediato; y esto, como el deseo de obedecer, antes de que su alma haya encontrado el descanso o la paz con Dios.

Pero ¿está Ananías dispuesto a mostrar toda esa misericordia hacia un hombre como

Saulo? ¿Comprende que el vino nuevo de este Evangelio de gloria puede llegar a atrapar a un hombre como él? No, él responde: «Señor, he oído hablar mucho sobre este hombre, cuanto mal ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aquí también tiene autoridad de los jefes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre». No puede sino pensar que se trata de un error. Para él, es imposible que un hombre así haya podido ser elegido, como un vaso capaz de manifestar la plenitud de la misericordia. El propio Saulo se sorprende de ello, e incluso él mismo alegrará: «Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y golpeaba en las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo estaba presente y de acuerdo, guardando las ropas de los que lo mataban» (Hec. 22:19-20).

La respuesta del Señor a Ananías fue: «Ve, porque él es un instrumento escogido... yo le enseñaré cuantas cosas tendrá que sufrir por mi nombre». «Ananías fue y entró en la casa; e imponiéndole las manos, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesús, el que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado a ti para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo».

Este es el Evangelio transmitido por Ananías a Saulo, en nombre del Señor, que disipa el temor de Dios que llenaba su alma, trayendo paz a su conciencia turbada, y retirando con ternura el aguijón de la condenación. Saulo recibe ahora el Espíritu de Dios, como sello de este mensaje de gracia. Sus ojos, hasta entonces cegados por las tinieblas interiores, son ahora capaces de “elevarse” hacia la fuente de donde todo ha venido –hacia el rostro mismo de Jesucristo en la gloria.

Ananías recibe entonces a Saulo mediante el bautismo; y «enseguida predicaba a Cristo en las sinagogas, [afirmando] que este es el Hijo de Dios». Se trata de una verdadera conversión: el giro completo del hombre, el quebrantamiento de su voluntad. Los rasgos de la nueva vida, del nuevo hombre, se expresan de inmediato: la paz con Dios se ha hecho, y el Espíritu Santo lo sella todo en su alma. Podía decir, y dirá claramente más tarde: «Creí, por eso hablé» (2 Cor. 4:13), mientras se oía su voz predicando a Jesús en las sinagogas de Damasco.

Tal es el llamamiento de este «vaso escogido» para Cristo. Separado del pueblo de Israel y de las naciones (Hec. 26:17) por su conversión precedente de la gloria de Dios en lo alto, donde se encuentra Cristo: «Te he aparecido, para hacerte ministro mío y testigo de las cosas que has visto, como de aquellas por las que me apareceré a ti» para dar a conocer en la tierra, como enviado de Cristo, todo lo que sabe de Aquel que está en la gloria. Celestial por nacimiento y por su testimonio, es un modelo para todos los que creerán en Jesús, para la vida eterna, desde ese momento

y en adelante. Desde ese día, cada creyente ha nacido en esa gloria. La condición de Cristo en todo momento ya sea encarnado, resucitado o ascendido a la gloria de Dios, determina la de todos los que le pertenecen. Deben dar testimonio de que pertenecen a ese escenario y a quien se encuentra en él; deben dar testimonio de que han sido arrancados de Israel o de los gentiles, de que no son ni de unos ni de otros, sino hombres celestiales a quienes, como a Saulo, se les debe mostrar lo que deben sufrir por Su nombre, viviendo y pasando por un mundo que lo ha rechazado.

¡Qué pensamiento tan maravilloso, que Dios no busque el bien en el hombre! Más bien busca a aquellos que son más aptos para que se manifieste la misericordia en la que se deleita. «A fin de dar a conocer las riquezas de su gloria en vasos de misericordia, que él preparó para la gloria; a los que también nos llamó, no solo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles» (Rom. 9:23-24).

4 - Capítulo 4: El vaso liberado

«Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte» (Rom. 8:2).

Un alma convencida de pecado a menudo aprende la culpa de toda una vida en un momento increíblemente corto. Hombres que han sido salvados de ahogarse han dicho que su vida se desarrolló ante ellos como un relámpago, y que los pecados olvidados, cometidos años atrás, parecieron en un instante alzarse ante ellos con un carácter terrible. En el lenguaje de «Moisés, hombre de Dios», sería: «Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro» (Sal. 90:8). La conciencia muerta se despierta, vivificada por los rayos convincentes de la luz de Dios, y en un instante nos encontramos ante Aquel que nos dice todo lo que hemos hecho.

Cuando esto ocurre, las excusas no sirven de nada: ya no se alega ningún pretexto. El alma queda al descubierto, en presencia de la santidad infinita. Hasta ese momento, la conciencia puede haber estado adormecida, sin ningún pensamiento de culpa, salvo la vaga sensación de que algo no va bien; o puede haber estado inquieta, sin que por ello haya un sentimiento preciso de culpa. Saulo de Tarso sin duda tembló ante las palabras: «Dura cosa te es dar coces contra los agujijones» (Hec. 26:14). La conciencia natural del hombre siente a veces que es espoleada, por lo que su celo y su ardor son forzados y fingidos. Este principio que juzga las acciones del hombre (lo

que hace la conciencia) conlleva dudas; nunca descansa, aunque se intente acallarla redoblando el celo.

¿No se sintió acosada la conciencia natural de Saulo de Tarso cuando Esteban, el mártir, con el rostro como el de un ángel, mirando al cielo, el cuerpo destrozado por las piedras de la multitud entregaba su espíritu a Jesús? ¿No lo fue cuando aquellos que amaban a su Señor y Maestro, obligados por aquel hombre violento, blasfemaron contra su Nombre, con el rostro abatido, para escapar de la prisión y de la muerte y salvar a sus seres queridos? (*Hec. 26:11*). Ah, «el camino de los traidores es duro» (*Prov. 13:15*), y así fue para Saulo. Sin embargo, si la conciencia natural toma conocimiento de estas cosas, no se deduce que el alma se convierta a Dios. Al contrario, la conciencia natural aleja al hombre de Dios. Empujó a Saulo a excesos aún mayores que antes. Empujó a Adán a alejarse de Dios para esconderse bajo los árboles del jardín, hasta que su conciencia sintió el poder de la palabra: «¿Dónde estás?». Entonces se despertó y se presentó ante Dios, convencido de su pecado. Ella empujó a Saulo a intentar ocultar su verdadero estado bajo el celo religioso que hasta entonces había llenado su alma.

Pero cuando la voz de Jesús le alcanzó en su loca carrera, su culpa le apareció con toda su fuerza, y volvió a la razón. Y cuando se le permitió ver su culpa en presencia de Dios, sin que pudiera invocar ninguna excusa, entonces su conciencia fue purificada y apaciguada. Pero, en ese momento, quizá la cuestión de su naturaleza no se le planteó. Esta cuestión no es lo primero en la historia de las almas. Los esfuerzos por evitar el mal y hacer el bien que siguen a la verdadera conversión, para agradar al Señor, ponen de manifiesto esta cuestión en su verdadera y terrible profundidad. Saulo debe ahora pasar por esta etapa de la historia del alma de un creyente, para su propia liberación. No me detengo aquí en el hecho de que esto sea necesario posteriormente para ayudar a los demás, sino en el hecho de que un vaso de misericordia debe ser liberado de tal estado.

Probablemente fue durante los 3 años en los que descendió a Arabia y permaneció en Damasco cuando esto ocurrió. No lo afirmo, pero se trataba de un proceso necesario, independientemente del momento en que se produjera. Encontramos el resultado en [Romanos 7](#), donde se describen la amarga angustia y los ejercicios que experimentó al conocer por experiencia propia cuál es su naturaleza, sin duda en primer lugar para sí mismo, y para extraer también numerosas lecciones para el cuidado de los demás.

Quisiera señalar aquí que la experiencia de los últimos versículos de este conocido

capítulo (Rom. 7:14-26) tiene un significado más amplio e importante de lo que se piensa. Está formulada por el Espíritu de Dios de tal manera que ningún alma experimentada, sea cual sea la profundidad de su experiencia y sean cuales sean las circunstancias y dispensaciones en las que se encuentre, pueda encontrar, de una u otra manera, una expresión de lo que está atravesando. Encontrará, en alguno de los gritos relatados, lo que responde a lo que padece, la luz del cristianismo lo ilumina plenamente. No entraré en detalles, muchos lo han hecho, y algunos con un beneficio duradero para muchos otros. Pero creo que esto va mucho más allá de los ejercicios de un alma bajo la Ley, de los «diez mandamientos».

El hombre natural pudo vivir así: «En cuanto a la justicia que hay en [la] Ley, irrepreensible» (Fil. 3:6), pero con un alma adormecida, sin infringir jamás las prohibiciones de la Ley con actos manifiestos; sin tocar jamás el árbol –¡la raíz del “pecado” en su interior! Pero uno de los mandamientos de la Ley llegó por fin a lo más profundo de su alma: aquel que dice: «No codiciarás» (Rom. 7:7); cuando llegó este mandamiento, que expresaba la santidad de la Ley, «el pecado tomó vida, y yo morí» (Rom. 7:9). «El pecado, hallando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda clase de codicia; porque sin [la] ley el pecado está muerto» (Rom. 7:8); dormía, o no se provocaba en su alma, hasta que su iniquidad se reveló así.

La naturaleza humana expresa su caída de manera demasiado evidente como para que no veamos que, tan pronto como se nos impone una prohibición –desde nuestra más tierna infancia hasta nuestro último aliento–, deseamos precisamente aquello que se nos prohíbe. Se podrían presentar miles de casos y ejemplos para demostrarlo.

Pero había una «Ley» en el Paraíso –antes de que el hombre cayera–; el hombre era una criatura responsable antes de alejarse de Dios: debía obedecer la ley que le prohibía comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal –antes de convertirse en un «transgresor». Dios, el Dador, le había revelado sus caminos con la mayor bondad. No le había negado nada al hombre. Las muchas corrientes que contribuían a su felicidad en el Edén daban testimonio de un Dios que no negaba ningún bien. «De todo árbol del huerto podrás comer» (Gén. 2:16), proclamaba una mano caritativa y generosa. El hombre debía disfrutarlos libremente. Una pequeña prohibición le impedía comer del fruto de un árbol: un árbol que marcaba una responsabilidad que, si se aceptaba, no podía sino acarrear el mal: «El día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gén. 2:17). Al observar este mandamiento, expresaba que su voluntad se sometía a Dios, quien lo había colocado allí y lo había rodeado de toda bendición en la creación.

Tal es el principio de la Ley. Una prohibición siempre demostrará la existencia de una voluntad en la persona a quien va dirigida, esté o no sometida a otra. La más mínima prohibición basta para ello. Es la forma de saber si alguien le está sometido o no. Si es insumiso, rechazará su autoridad y, por consiguiente, 2 voluntades se oponen entre sí; mientras que quien está puesto a prueba reconoce en su conciencia que Dios tiene derecho a ser obedecido.

Satanás no comenzó llamando la atención sobre las bendiciones de las que el hombre había sido rodeado, ni sobre el carácter de Dios quien «nos ofrece todo ricamente para gozarlo» (1 Tim. 6:17). Más bien, se centra en la prohibición llamando la atención sobre lo único prohibido: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» (Gén. 3:1), cuando Dios había dicho: «De todo árbol del huerto podrás comer». La gran jugada maestra de la serpiente fue instilar la codicia en el alma y la desconfianza hacia Dios, sembrando la duda sobre la plena generosidad que se le debe atribuir a Su naturaleza. Es el veneno de la serpiente el que desde entonces ha impregnado a la humanidad. Esto ocurrió incluso antes de que se cometiera ningún pecado. El diablo vino a sembrar la desconfianza en el corazón del hombre, creando la duda en el alma, haciéndole perder la fe en su Creador y separándole de Él.

Hoy en día, eso es lo que hacen los hombres entre sí para alcanzar su objetivo. Quizá no lo piensen, pero la mayoría de los conflictos entre los hombres, o incluso entre hermanos, son causados por una insinuación a espaldas de alguien, o un murmullo, al que otros están dispuestos a prestar oído, y que hace nacer la desconfianza entre las almas. Una vez generada la desconfianza, surge la aversión, especialmente en quien ha hecho daño al otro. *Es muy difícil confiar en un corazón al que se ha herido.* «La lengua falsa atormenta al que ha lastimado» (Prov. 26:28); «El que la divulga, aparta al amigo» (Prov. 17:9); «Quien hacía daño a su prójimo, lo repele», (Hec. 7:27) etc. Estos pasajes (que son similares) no son más que la expresión de este principio del mal. De ahí el refrán: “El ofendido puede olvidar; el ofensor, ¡nunca!”.

La obra de Cristo al “fin de los tiempos” consistió en restablecer la confianza del hombre en Dios y responder a la afrenta hecha a la naturaleza de Dios.

El hombre era, pues, una criatura responsable antes de su caída. La desconfianza hacia Dios y la codicia se inculcaron en el alma de la mujer. La voluntad se opuso a Dios –y una voluntad fuerte en el caso de Adán, pues «no fue engañado» (1 Tim. 2:14); y el hombre cayó. De un solo golpe se abrió una inmensa brecha entre Dios y el hombre: un abismo imposible de salvar o de cruzar. «El hombre es como *uno de nosotros*, sabiendo el bien y el mal» (Gén. 3:22). No puede desaprenderlo. Nunca

volverá al estado de inocencia.

¿Qué significa «saber el bien y el mal»? Es algo que también se dice de la Divinidad: «Como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal». Es juzgar y pronunciar una sentencia sobre el bien o el mal que encontramos en nuestras propias almas. A propósito de los juicios que dictaba el rey David, la sabia mujer de *Tekoa* dijo: «Mi señor el rey es como un ángel de Dios para discernir entre lo bueno y lo malo» (2 Sam. 14:17). Esta expresión se utiliza también para Salomón (1 Reyes 3:9) y para Israel (Deut. 1:39; vean también Hebr. 5:14).

Tal es la labor de la conciencia: toma conocimiento del mal cometido por una voluntad opuesta a Dios, juzga ese mal y lo condena, teme lo bueno mientras lamentablemente se opone a él, y lo aprueba sin poder llevarlo a cabo. Este es el estado del hombre caído que tiene conciencia: antes de su caída, es responsable, desconfía de Dios y transgrede Su mandamiento por su propia voluntad. Incluso caído, es capaz de juzgar sus actos mediante el conocimiento del bien y del mal –un bien que no tiene ni el poder ni el deseo de practicar, y un mal que no es capaz de evitar. Por fin, es expulsado de la presencia de Dios, pues ha perdido para siempre su lugar en ese terreno. Estas 3 cosas marcan su estado: la desconfianza hacia Dios, el pecado cometido en esa desconfianza y su lugar irremediamente perdido. Estas mismas 3 cosas son anuladas por el Evangelio: su confianza se restablece mediante la fe en el Señor como Salvador, sus pecados, cometidos a causa de su desconfianza, son borrados y es llevado a un nuevo lugar en Cristo ante Dios.

El alma así despertada está trabajada por profundos ejercicios solemnes, cuando descubre esas grandes enemistades que separaron a Dios y al hombre en el principio: el sentido de la responsabilidad como pecador que ha comido del árbol del conocimiento del bien y del mal, en enemistad en su espíritu a causa de las malas obras hechas; el conocimiento del bien no realizado y del mal de su naturaleza puesto de manifiesto; la impotencia para todo salvo para el mal; en cierta medida, el sentido del bien en Dios mismo, que varía según las circunstancias; y la responsabilidad de ponerse en paz con Él, lo que considera que debe hacer. Estas cosas se imponen al alma mediante lecciones muy amargas.

Ninguna palabra humana puede igualar a las del alma angustiada en Romanos 7.

«Pero yo soy carnal [3], vendido al poder del pecado. Pues lo que obro, no lo entiendo; porque lo que practico no es lo que quiero, sino lo que odio, eso hago. Pero si hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena. Entonces ya no soy yo quien obra así, sino el pecado que habita en mí».

[3] En griego hay 2 palabras para «carnal» (*sarkikos* y *sarkinos* en 1 Cor. 3:3 y Rom. 7:14, y en otros lugares), que solo se diferencian en una letra. Una de las palabras se aplica a la posición de un hombre despierto [vivificado], siempre «en la carne», es decir, que tiene conciencia de su responsabilidad como hijo de Adán, pero que no está liberado ante Dios. Es Romanos 7. La otra se aplica a los santos, cuyo estado práctico no era espiritual, se comportaban: «Como de los hombres» (1 Cor. 3). Este último punto es lo contrario del estado normal de un santo como hombre «espiritual». Encontramos en el contexto (1 Cor. 2, 3) al hombre «natural», «espiritual» y «carnal». En el primer caso, se trata de un hombre cuya alma natural no está vivificada; en el segundo, se trata del estado normal de un santo; en el tercero, se trata de un santo que camina según la carne.

«Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no habita el bien; pues el querer hacerlo está en mí (pero el obrar lo que es bueno, no). Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien obra así, sino el pecado que habita en mí. Hallo, pues, esta ley, que queriendo yo hacer el bien, el mal está presente en mí. Porque me deleito en la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (7:18-23).

Queridos lectores, fíjense en esta lucha entre el «bien» y el «mal», de un alma con sentido de la responsabilidad, o «en la carne». No es su culpa lo que la perturba, sino su estado. La causa de su profunda angustia no es solo todo eso, sino que se remonta al origen del alejamiento del hombre respecto a Dios. Todas las raíces de su ser quedan al descubierto ante Aquel con quien tiene que ver. Los caminos de Dios son muy variados para llevar al alma a esta lucha, para que aprenda a no luchar más, y aprenda que todo esfuerzo, toda prueba, toda lucha, mientras duren, son las pruebas más claras de que aún no ha llegado al punto en que, al dejar de luchar, se abandona. Solo entonces descubre que ese abandono es la libertad. Entonces queda liberada.

Me abstengo aquí de citar ejemplos de estos ejercicios y de su finalidad, que se encontrarían en la Palabra; hay muchos. También se verían muchos cada día en el pueblo de Dios, que podrían interpretarse a la luz de la Escritura.

Cuando un santo descubre que su naturaleza es mala, piensa de inmediato que debe

dominarla. Cuando siente los deseos y las aspiraciones de su alma renovada, piensa de inmediato que deben ser satisfechos y que Dios se los ha implantado con ese fin. El sentido de la responsabilidad, que exige que estas 2 sugerencias encuentren su respuesta de una manera u otra, es la base de esta dolorosa lucha. No se trata de un conflicto propiamente dicho, sino de un esfuerzo que solo conduce a una derrota aún más dolorosa, que cautiva, pero no libera. Pero cuando llega la liberación –no la victoria (la victoria sería mérito mío, la liberación es de Otro)–, es como una doble liberación para el alma –respondiendo al «bien» que se ha visto incapaz de producir, y al mal que le ha sido imposible evitar. Debe poder mirar hacia arriba, regocijándose de estar en libertad con Dios, y debe poder mirar hacia abajo, a su propio corazón, y ser capaz de producir el bien que ansía hacer, y dominar la acción de una naturaleza pecadora, la carne.

Ahí es donde encontramos una falta en nuestras almas. Muchos han adquirido esa libertad que les permite levantar los ojos hacia Dios: pueden decir: “Todo va bien”. Pero ¿estamos todos liberados del poder del mal interior, cuando examinamos nuestros propios corazones? No, el agradecimiento y el gozo que siente el alma por ser libre de mirar hacia arriba hacen que, por desgracia, con demasiada frecuencia descuide mirar hacia dentro. Esto puede deberse, y de hecho a menudo se debe, a la ignorancia. Debemos aprender que el alma, llena del Espíritu, tiene la libertad de caminar cada día absolutamente al margen de toda acción de la carne o de los deseos de la mente: una libertad tal, en efecto, que no hay allí ningún mal que combatir –una libertad que da fruto para Dios.

No es que no vaya a haber conflicto hasta el final de nuestra carrera en la tierra; no es que «la carne» ya no requiera una vigilancia constante. Tampoco es que el «pecado en la carne» (Rom. 8:3) pueda dejar de existir mientras estemos en la tierra, aunque haya sido «condenado» en la muerte de Cristo. Pero recordemos el camino de Pablo como santo, como vaso escogido por Dios, como alguien que camina así (junto con otros también), diciendo: «Dios es el que produce en vosotros tanto el *querer* como el *hacer*, según su buena voluntad» (Fil. 2:13). *Por tanto*, ya no es: «Queriendo yo hacer el bien, el mal está presente en mí». No, el «querer» y el «hacer» son hechos por almas liberadas, vasos en los que Dios puede actuar y de los que puede servirse según su beneplácito.

¿Para qué sirve un vaso, queridos lectores? Si colocan uno sobre una mesa cerca de ustedes, ¿no tienen 2 alternativas? O bien es para *contener* lo que se ponga en él, o bien es para que otra persona lo coja. Si el vaso tuviera voluntad propia y se moviera, no se podría hacer ni lo uno ni lo otro.

Lo mismo ocurre con los vasos de la misericordia de Dios; deben estar desprovistos de voluntad propia y de acciones propias; deben estar llenos de lo que Dios pone en ellos, y estar sostenidos y utilizados por Su mano. Solo en la medida en que nuestras voluntades, nuestros pensamientos y nuestras acciones sean puestos de lado, seremos realmente vasos útiles para el Maestro.

Pero ese no es nuestro tema. Aquí hablamos de la liberación del vaso, para que su alma sea libre con Dios, liberada también de la acción de la voluntad de la carne, y pueda dar fruto para Dios; para que pueda tener su lugar «en Cristo», por un lado, y, por otro, comprender que «Cristo vive en mí» (Gál. 2:20).

Recuerdo, hace años, una visita al lecho de una hermana anciana. Hablamos un rato de cosas generales como cristianos. Le pregunté si alguna vez había pensado que Cristo, que estaba en la gloria, “vivía” en su débil cuerpo sobre su lecho de sufrimiento. Nunca olvidaré la extraña mirada que tuvo cuando, según me pareció, ese pensamiento se le ocurrió por primera vez. “¡Ah, Cristo viviendo en mí!”, dijo. Parecía ser una maravillosa revelación para ella: el cuerpo, como vaso, estaba tan bajo su poder que era Cristo, y no el yo, quien vivía. «Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». ¿No es este un pensamiento aún más grandioso, aunque sea lo contrario de esta palabra de Pablo?: «Para mí, el vivir es Cristo» (Fil. 1:21). Ahí estaba la motivación de su vida, la fuente en su alma; «Cristo vive en mí» es el resultado.

Es verdaderamente la liberación. «La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó» (Rom. 8:2). A veces hablamos de la ley de la gravedad, de la ley de la naturaleza; se trata de la tendencia natural que rige las acciones de cada una; así, una manzana cae al suelo, no se eleva al desprenderse del árbol. Es este pensamiento el que tenemos aquí en su propio carácter. Esta «ley del espíritu de vida» –la tendencia con la que actúa– «en Cristo Jesús me liberó». Libera al alma de esa otra ley del pecado que gobierna la naturaleza de la carne, y también de la ley de la muerte. Se ha convertido en la ley –la consecuencia natural de la vida que Cristo infundió a los suyos cuando resucitó– Él, el Espíritu vivificante –el segundo Hombre– el Señor resucitado.

Así pues, ¿no podemos decir que el alma que descubre su responsabilidad –«bajo la Ley», habiendo comido del «árbol de la ciencia del bien y del mal» – pasa por estas grandes lecciones, a fin de descubrir experimentalmente las profundidades de una naturaleza arruinada –«la carne»– que germinó en el corazón del hombre cuando se separó de Dios. Pero ahora que está liberada, descubre también que ha alcanzado

en Cristo «el árbol de la vida»: la «ley del espíritu de vida» en ÉL, que la libera por completo «de la ley del pecado y de la muerte». El alma también es liberada de la doble manera de la que hemos hablado un poco: es decir, liberada al mirar hacia Dios, libre para disfrutar de todo lo que él es, en el presente y en la esperanza; y liberada de la acción de la «carne» en su interior. El yo es ignorado, y la vida, en la carne, se vive por la fe en el Hijo de Dios, es decir, la fe en él como objeto, poder, todo. Los resortes y los motivos de tal vida no provienen del yo, sino de «Cristo»; y así, solo se produce fruto para Dios: estando llenos del fruto de la justicia, que es por Jesucristo, para su alabanza y gloria.

5 - Capítulo 5: ¿Por qué permitió Dios la entrada del mal?

«Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte» (Rom. 5:12).

Antes de examinar más a fondo los caminos de Dios con respecto a un «vaso escogido», será útil estudiar los testimonios de la Palabra acerca del «nuevo hombre», de la «nueva creación» de Dios en Cristo Jesús, que se desarrolla así en el vaso de misericordia.

Los términos «viejo hombre» y «nuevo hombre» se utilizan de manera muy precisa en las Escrituras. Creo que ninguno de estos términos puede utilizarse refiriéndose a un individuo *como tal*. En otras palabras, nadie podría decir: “Yo soy el viejo hombre”, ni “yo soy el nuevo hombre”. Son términos generales que abarcan, en el primer caso, todo lo que éramos «en Adán», y en el segundo, todo lo que los creyentes son «en Cristo». Tampoco veo que la Escritura nos permita decir que tenemos al «viejo hombre» en nosotros, cuando enseña muy claramente que tenemos «la carne» en nosotros hasta el final; si actúa, se dice: «Pero con la carne [sirvo] a la ley del pecado» (Rom. 7:25). Estos términos se harán más claros a medida que avancemos en el examen de las verdades que tenemos ante nosotros.

Aquí se plantea una gran e importante cuestión, al volver a la condición del hombre tal y como Dios lo creó al principio. Se trata de la solemne cuestión de la entrada del mal moral en este mundo. ¡Cuántas veces plantea esta cuestión el escéptico, y cuántas veces queda sin respuesta, incluso en la mente del creyente en Cristo! La pregunta es esta: ¿por qué permitió Dios la entrada del pecado? ¿Por qué dejó

abierta esa posibilidad? Y esta pregunta abarca la entrada de la muerte a través del pecado.

Cuán importante es tener una respuesta clara a esta sorprendente pregunta, una respuesta que deje al incrédulo sin excusa y, al mismo tiempo, establezca firmemente la verdad divina en la mente de los que creen. No iré más allá de su entrada en *el mundo presente* en el que vivimos. De hecho, la Escritura nos enseña que el *pecado* ya había entrado en el universo, probablemente por la caída de Satanás, que en otro tiempo fue un «querubín... protector» y se rebeló (Ez. 28:14). Tampoco me adentro en la caída de los ángeles que pecaron y fueron precipitados al abismo (2 Pe. 2:4), hasta el juicio del gran día. Limito la cuestión a la entrada del pecado en *este mundo* y a la muerte –su consecuencia– que afectó al hombre, únicamente a la raza de Adán. La muerte pudo haber estado, y tal vez estaba, en *este mundo*, en sus anteriores períodos cambiantes, a lo largo de las edades y los ciclos que transcurrieron antes de que la mano de Dios lo formara, en la obra de los 6 días, para convertirlo en morada para el hombre.

Acepto lo que ahora es bien conocido por quienes estudian la Palabra, a saber, que en la frase que abre el libro del Génesis –«En el principio», así como en el resto del versículo, Dios dejó abierta la posibilidad de que hubieran transcurrido millones de años desde ese «principio», cuando Dios creó los cielos y la tierra. Por lo tanto, dejó tiempo suficiente, antes de que se completara la obra de los 6 días, para que las capas de la tierra, tal y como se encuentran hoy, se formaran a lo largo de las eras transcurridas, en las que probablemente se produjeron numerosos cataclismos. De hecho, leemos en el versículo siguiente que la tierra (y no los cielos) estaba desordenada y *vacía (tohu)*, habiendo caído probablemente en el caos. Dios no la había creado en ese estado, como atestigua Isaías: «No la creó en *vano*, para que fuese habitada la creó» (Is. 45:18) –la misma palabra hebrea que se utiliza en Génesis 1.

Sabemos que hay rastros de muerte en los fósiles y petrificaciones de animales extintos, de especies hoy desconocidas, en los estratos formados durante las eras pasadas. Esto es bien sabido, pero no interfiere en absoluto con nuestra cuestión actual.

Tomo, pues, lo que dice Romanos 5:12 como base de la gran cuestión que tenemos ante nosotros: «Por tanto, como por un solo hombre el pecado entró en el *mundo*, y por el pecado la muerte, así también la muerte pasó a *todos los hombres*, por cuanto todos pecaron». La primera parte de este importante versículo limita la entrada del *pecado* a *este mundo*; y la segunda limita el paso de la *muerte*, como consecuencia

del pecado, al hombre; sin señalar si el pecado pudo haber entrado en otras esferas, en el primer caso, ni el hecho de que la muerte haya pasado a otros fuera de la familia humana, en el segundo.

Pasemos ahora a [Génesis 1:26-27](#), donde tenemos el relato de la creación del hombre: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre [Adán] a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre [Adán] a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó».

Dios utiliza aquí 2 palabras distintas: «imagen» y «semejanza», cuyos significados son muy diferentes. Otro autor ha aportado valiosas reflexiones sobre el uso de cada una de ellas; yo añadiré algunas observaciones. La precisión con la que se utilizan las palabras en toda la Palabra de Dios es una de las maravillas de su perfección.

En el lenguaje humano, la palabra «imagen» se utiliza a veces para decir que una persona se parece a otra, por ejemplo: “Fulano es la viva imagen de su padre”, lo que significa que se le parece mucho; pero no es así como se utiliza generalmente en las Escrituras. En ellas se utiliza más bien para referirse a lo que está destinado a *representar* a alguien, sin hacer referencia a su parecido o no, en cuanto al aspecto u otra cosa, en relación con la persona representada. Así, se dice que Cristo es «[la] imagen del Dios invisible» ([Col. 1:15](#)); el hombre es «imagen y gloria de Dios» ([1 Cor. 11:7](#)), etc. La palabra «imagen» se utiliza aquí en el sentido de representar perfectamente a otra persona, como la imagen de Júpiter, de César, etc. La palabra «semejanza» es diferente: su significado es sencillo y fácil de comprender, describe a una persona parecida a otra, es decir, que tiene los mismos rasgos de carácter y el mismo aspecto, etc.

El hombre fue, pues, creado con estas 2 características. Fue colocado como el gran centro de un inmenso sistema, para representar a Dios por completo, como su *imagen*. Dominaba sobre ese vasto sistema. Todas las cosas creadas le estaban sometidas. Todas las inteligencias, incluida su mujer, debían volverse hacia él como representante de Dios en esta esfera. Solo Dios estaba por encima de él, estando todo lo demás sometido al hombre. Pero también fue hecho a la *semejanza* de Dios. Su Creador lo había creado puro, era muy bueno; también estaba libre de pecado, absolutamente libre de mal. Era de Dios, para Dios, y así semejante a Él, y por tanto apto para ser Su imagen –para representarlo, para ser el centro hacia el que todos debían volverse–; tenía una voluntad inteligente y también libre albedrío.

Pero volvemos a plantear la pregunta: ¿por qué permitió Dios que existiera el mal

moral? O, dicho de otro modo, ¿por qué permitir la entrada del pecado? ¿No podría haber creado un ser que no pudiera caer, un ser que solo pudiera hacer lo que era bueno y justo?

La respuesta es clara: si quiere crear una criatura gloriosa –el hombre, a su imagen y semejanza, libre para elegir el bien o el mal, y no una criatura gobernada por una simple cadena de instintos, como los pájaros y las bestias que le rodean–, debe dejarle la entrada del mal como una posibilidad, pero no como una necesidad.

Si el hombre, tal y como Dios lo creó, no pudiera elegir el mal, entonces no tendría elección alguna, y no sería más virtuoso al hacer el bien que el simple animal que sigue los instintos de su naturaleza. Y puesto que, en tal caso, *se vería obligado* a hacer el bien, no sería más virtuoso que ellos al hacerlo.

O bien Dios *debe abstenerse* –lo decimos con respeto– de crear un ser así, de ese orden de existencia elevado y glorioso, con libertad de elección y voluntad libre; o bien deja que el mal sea una posibilidad para él. ¡Qué resultado, ay, la raza caída nos lo cuenta con terrible realidad! Eligió el mal y rechazó el bien, y tan pronto como ejerció su elección, se convirtió en pecador. El hombre, creado a imagen de Dios, cayó de ese apogeo de gloria para no volver jamás a él. Adán, caído, engendra un hijo a *su* semejanza, según *su* imagen (Gén. 5:3), mientras que antes de la caída, Adán había sido creado «a semejanza de Dios» (Gén. 5:1).

Observen que en todo esto no se trataba de la *santidad* del hombre; no se habría podido decir después del «nuevo hombre» que había sido «creado según Dios en justicia y santidad de la verdad» (Efe. 4:24). Dios es santo, absolutamente santo. Pero la santidad es relativa, en la medida en que supone la existencia del mal e implica una separación absoluta de él. No se podía decir esto del hombre tal y como Dios lo creó. Era puro y perfectamente bueno, pero el mal no existía para él, hasta que lo eligió, en forma de tentación, y rechazó así la autoridad y la voluntad de Dios que se lo había dado. Lo mismo ocurre con la justicia, que también presupone la existencia del mal.

Ahora bien, en el pecador, todo depende de su voluntad en su relación con Dios; su salvación y todo lo demás dependen de que someta su voluntad a Él. «No *queréis* venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5:40). Y «El que *quiera*, tome gratuitamente del agua de la vida» (Apoc. 22:17). Ahora bien, se dice que Cristo es «[la] imagen del Dios invisible» (Col. 1:15), «la imagen de Dios» mismo (2 Cor. 4:4). Esto es porque representa plenamente a Dios; pero nunca se dice que sea a su «semejanza», simplemente porque Él es Dios mismo y, por lo tanto, no se le *parece*. Pero se

dice que vino en «*semejanza* de carne de pecado» (Rom. 8:3), con toda razón, pues Él *no* era en absoluto carne de pecado.

Él también tenía su propia y perfecta voluntad; y aunque puesta a prueba hasta el extremo en la vida y en la muerte, siempre estaba sometida a la de Dios. «Mi comida es hacer la voluntad de aquel me envió, y llevar a cabo su obra» (Juan 4:34).

Esta obediencia y esta sumisión alcanzaron su plena perfección en la muerte. Él «*haciéndose* obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8). Observen que no estaba sometido a la muerte, como lo estaba el primer hombre a causa de su pecado. Para este, fue el castigo de la desobediencia y el fin definitivo de la voluntad en él, en la muerte, por la sentencia de Dios. Pero para Cristo, fue allí donde brilló más la perfección de la sumisión de una voluntad perfecta mediante la obediencia. O más bien, si se nos permite decirlo, la mezcla perfecta de una voluntad perfecta en él con la de Dios, mediante la obediencia hasta la muerte misma.

6 - Capítulo 6: El nuevo hombre

«Creado según Dios en justicia y santidad de la verdad» (Efe. 4:24).

Llegamos ahora al Nuevo Testamento, donde encontramos una revelación progresiva de los caminos de Dios en relación con el «nuevo hombre». Podemos decir que se trata, de hecho, de un tipo de hombre completamente nuevo en comparación con el primer hombre. Me gustaría simplemente llamar la atención sobre algunos de los puntos destacados que se encuentran en las 3 grandes Epístolas que, tomadas en conjunto, nos dan la totalidad de los pensamientos de Dios y de sus designios en cuanto a la nueva creación en Cristo. Son Romanos, Colosenses y Efesios.

La primera de estas Epístolas presenta en detalle la conclusión moral de la historia del primer hombre, caído, que tenía todos los privilegios, tras todas las pruebas de Dios, ya fuera sin ley, se muestra sin ley; o bajo la Ley, se muestra transgresor de la Ley, y esto a pesar de sus privilegios, que eran anteriores a los caminos especiales de Dios en un pueblo apartado. El final de este período de prueba fue la venida de Cristo y su rechazo. «Todos han pecado», mirando hacia atrás, y «están privados de la gloria de Dios» (Rom. 3:23) –ahora, esta es la medida y la norma por la que todos serán juzgados. El hombre fue una criatura establecida en la perfección, y cayó; ¿puede ahora enfrentarse a los rayos ardientes de la gloria de Dios? En este punto, como en todos los demás, todo había terminado para siempre con el viejo hombre.

Ahora, Dios debía o bien poner fin a ese hombre, cuya voluntad se había levantado contra él, mediante un juicio justo, o bien revelarse en una gracia soberana a través de la justicia, en virtud de la obra de Cristo. Aquí, por supuesto, no abordo esa obra de la cruz, de la muerte y de la resurrección de Cristo; la considero únicamente como el medio por el cual Dios debía cerrar moralmente en justicia, mediante la fe, la historia del hombre, y comenzar su nueva creación en su Hijo –como cabeza de una nueva raza.

La parte de la Epístola en la que Dios muestra primero cómo la raza estaba por completo bajo el juicio y era culpable ante él, termina en el versículo 19 del capítulo 3. Inmediatamente después, en el versículo 20 y siguientes, vemos que la justicia de Dios se manifiesta ahora *para* el pecador, en cuanto que él resucitó a su Hijo de entre los muertos y lo colocó en lo alto, y no *en contra* de él en su posición de responsabilidad. Y esto «por [la] fe en Jesucristo» personalmente (Rom. 3:22), y «por la fe en su sangre» (v. 25), como el medio por el cual se ha justificado la justicia de Dios contra el pecado. Por lo tanto, está perfectamente justificado de toda su *culpabilidad*.

Pero su *estado* de pecador en el primer Adán ha terminado por ello. Tras la parte que trata en detalle su culpa (hasta Rom. 5:11), nos presenta cómo todo nuestro estado es tratado y llega a su fin en la muerte de Cristo. Romanos 6 nos dice: «Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado».

En Romanos no hay nada sobre el «nuevo hombre», de ninguna manera; pero la crucifixión de «nuestro viejo hombre» se expone plenamente allí, para que el cuerpo (la totalidad) del pecado sea apartado. La expresión de Romanos: «Me deleito en la ley de Dios, según *el hombre interior*» (7:22), es la que más se acerca a algo positivo sobre él, pero no va más allá. Aunque cierra por completo la cuestión de nuestro estado y nuestra culpabilidad, no va más allá; aunque muestra a *Cristo* resucitado, no se dice que el creyente haya resucitado con él. Para ello, hay que pasar a la siguiente etapa en la Epístola a los Colosenses.

En la Epístola a los Romanos, vemos que la nueva voluntad lucha contra la antigua –la carne, en Romanos 7. O bien, cuando el alma está liberada, camina en «novedad de espíritu» y en «novedad de vida» (Rom. 7:6; 6:4). Los Romanos presentan, pues, la crucifixión de «nuestro viejo hombre» con Cristo.

La Epístola a los Colosenses se sitúa entre la Epístola a los Romanos y la Epístola a los Efesios desde el punto de vista doctrinal. En Romanos, se ve al hombre viviendo

en los pecados; el corazón se entrega sin trabas a todas sus codicias. ¿Qué hay que hacer, pues? Para poner fin a su historia, hay que someterlo a la muerte, la muerte de Cristo: «Sabiedo que nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él».

En la Epístola a los Efesios, se ve al hombre como «muerto en sus delitos y pecados» y, por consiguiente, debe ser tratado de manera diferente. A diferencia de lo que ocurre en Romanos, donde el hombre debe ser llevado a la muerte porque vive en sus pecados, la vida debe entrar de manera positiva para vivificar un alma muerta en esa condición y sacarla de ella; todo debe ser una nueva creación en Cristo Jesús, que está en los lugares celestiales.

Colosenses, por tanto, como podemos suponer, tendría en cuenta ambos aspectos: muerto en los pecados y viviendo en los pecados. Esto es lo que hay, al mirar atrás, a nuestra condición vista en Romanos, y al mirar hacia adelante a nuestra condición vista en Efesios, en Cristo Jesús. Por eso leemos: «En las que también vosotros anduvisteis en un tiempo, cuando vivíais en ellas» (Col. 3:7). Y leemos también: «Y a vosotros, estando muertos en los delitos, etc.» (Col. 2:13). El creyente es, pues, considerado como “muerto con Cristo” a los elementos del mundo, como muerto al pecado y a la Ley; también ha resucitado con Cristo y, aunque está espiritualmente sentado en los lugares celestiales en Cristo, busca las cosas que están «arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios» (Col. 3:1). Por lo tanto, está aquí abajo.

Siendo así, en Colosenses, no ha alcanzado su nuevo lugar con Dios, aunque, al estar vivo y resucitado con Cristo, le corresponde ese lugar. Tiene un nuevo estatus, pero no un nuevo lugar. En esta Epístola, no se hablará, pues, del «nuevo hombre» como en Efesios. De hecho, es notable que cuando aparentemente se habla de ello en Colosenses 3, estamos lejos de los pensamientos completos de Efesios 4:24, ya que se emplean palabras diferentes para «nuevo» en el original griego, y la palabra “hombre” se omite por completo (Col. 3:10).

En Colosenses, se utiliza, por tanto, una palabra diferente para «nuevo», en comparación con Efesios: “*neos*” en Colosenses y “*kainos*” en Efesios. Esta última significa lo que yo llamaría coloquialmente “completamente nuevo”, un tipo de hombre que nunca se ha visto ni oído; mientras que la primera sería “totalmente reformado”, pero implica un nuevo género o una nueva especie, como el segundo.

Sin embargo, observamos que el Espíritu de Dios une los 2 pasajes (Efe. 4 y Col. 3) con una sabiduría notable, utilizando estas 2 palabras en la construcción de los verbos «renovados» en Efesios 4:23 y Colosenses 3:10; el de Efesios se compone con «nuevo» de Colosenses, y el de Colosenses con «nuevo» de Efesios. ¡Qué maravi-

llosa sabiduría hay en los escritos de nuestro Dios!

También podemos observar aquí algo aún más llamativo e instructivo, a saber, que la palabra “despojarse” es muy diferente en cada Epístola. De hecho, estas palabras griegas no tienen ninguna relación entre sí. En Colosenses, la palabra significa “quitar” o “ser despojado” de algo, de una prenda de vestir, por ejemplo. En Efesios, el sentido es más bien el de ser absolutamente “apartado” o “depositado”. Puedo quitarme la prenda, que es una acción, y también puedo dejarla a un lado una vez que me la he quitado, que es otra acción. Más adelante comprenderemos la razón por la que las palabras son diferentes en cada Epístola, teniendo en cuenta lo que hemos visto.

Encontramos una ilustración del uso de estas 2 palabras en [Levítico 16:23](#), donde Aarón, vestido con ropas de lino, tras haber completado el servicio del gran día de la expiación, “se quita” esas vestiduras y luego las deposita en la tienda de reunión. En la versión inglesa de [Hechos 7:58](#), al referirse a los asesinos de Esteban que pusieron sus vestiduras a los pies de un joven llamado Saulo, el verbo de [Efesios 4:24](#) que se utiliza se traduce como “despojarse”, pero debería traducirse más bien como “depositar”. En [Hebreos 12:1](#), en relación con las cargas, la misma palabra se traduce como “depositar”.

De hecho, en Colosenses tenemos el lado *subjetivo* del «nuevo hombre» (la vida práctica del creyente en su caminar en la tierra), y en Efesios, tenemos el lado *objetivo* (mostrándonos lo que es en el cielo). En Colosenses, se trata más bien de Cristo en nosotros.

En Romanos, tenemos, pues, “nuestro viejo hombre crucificado”; en Colosenses, el “viejo hombre despojado” y el aspecto *subjetivo* del “nuevo hombre”; en Efesios, el viejo hombre completamente «apartado», y nos vemos en nuestra posición en Cristo: la presentación *objetiva* del hombre completamente «nuevo»: una creación absolutamente nueva en Cristo.

No se trata ni de un Adán inocente, ni de un Adán caído, ni de la justicia bajo la Ley, sino de una creación positivamente nueva.

Se ha señalado que “*kainos*” en [Efesios 4:24](#) y “*neos*” en [Colosenses 3:10](#) son característicos de cada Epístola. En Efesios, se trata de una nueva creación en contraste con una antigua; en Colosenses, se trata de una nueva vida práctica que tenemos, aunque se cuida de mostrar que se trata de algo completamente nuevo, formado por Dios.

Podríamos leer los versículos 21-23 así: «Si en verdad oísteis de él y fuisteis enseñados por él, conforme a la verdad que hay en Jesús: que, en cuanto a vuestra conducta anterior, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos; y os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y os vistáis del nuevo hombre, que es creado según Dios en justicia y santidad de la verdad».

Esta «santidad de la verdad» se opone a los «deseos engañosos» del versículo 22. Puesto que el engaño de la serpiente produjo las codicias del corazón en el principio, y siendo la justicia la base de la nueva creación de Dios, es formado –creado– en justicia, y en la santidad (separación absoluta del mal) de la verdad, que lo engendró.

En cuanto al pasaje de Colosenses que corresponde y completa el aspecto práctico, podríamos leer: “habéis sido revestidos del nuevo” (*neos*) sin que se especifique “hombre” (*anthropos*) –puesto que esta palabra solo se utiliza para lo absoluto en Efesios 4– «se va renovando en conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó».

Observen de nuevo que, en Colosenses, «Cristo» es el ejemplo en todo para el nuevo (hombre): su vida está escondida con Cristo en Dios (v. 3); los *caracteres* de Cristo, como elegido de Dios, se presentan como algo que se forma y se practica (v. 12-13); la *Palabra* de Cristo debe habitar en él en abundancia (v. 16). De hecho, como dice el versículo 11, «Cristo es todo y en todos»; mientras que en Efesios es «Dios» quien lo es, y la naturaleza de Dios se presenta como la norma de todo. El «nuevo hombre» es creado allí según Dios (v. 24). Debe ser imitador de Dios (Efe. 5:1), andar en *el amor* (lo que Cristo mostró plenamente) y andar como hijos de *la luz* –los 2 caracteres esenciales de Dios, lo que Él es (Efe. 5:2, 8).

Y hay más. En Colosenses, tenemos «*la imagen* de aquel que lo creó»; en Efesios, tenemos más bien la «*semejanza*» con Dios mismo.

Aquí, pues, volvemos a estas palabras como al principio, «semejanza» e «imagen»; el nuevo hombre de Efesios es moralmente semejante a Dios –visto en su verdadero lugar en Cristo en el cielo y tal como nos está presentado objetivamente en Él. Por lo tanto, cuando llegamos a la vida práctica –el lado subjetivo, en Colosenses 3, tenemos «imagen», porque el nuevo hombre camina actualmente sobre la tierra, pero moralmente representa a Dios, quien ha sido plenamente representado en Cristo mismo, y quien es «todo».

Luego, en cuanto a la exhortación de cada Epístola relacionada con el «nuevo hombre», encontramos en Colosenses 3:9: «No mientan los unos a los otros se trata aquí

de la vida práctica. Pero en [Efesios 4:25](#), tenemos: «Por tanto, desechando la mentira, hablad la verdad» los unos a los otros; aquí, la mentira ha sido dejada de lado junto con el viejo hombre. La exhortación no es simplemente negarse a practicar la mentira, como en Colosenses, sino que aquí se considera que la cosa ha desaparecido, y la exhortación toma el lado positivo, exhortando a decir la verdad, etc., como en las otras partes del contexto de la Epístola. Es solo aquí también donde tenemos la lucha del creyente en su verdadera y única medida. Satanás vuelve a aparecer en escena de una manera particular, para oponerse a este hombre de la nueva creación, como lo había hecho al principio en la antigua. Pero no me extenderé sobre este punto.

7 - Capítulo 7: El vaso vaciado de la fuerza humana

«Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo» ([2 Cor. 12:9](#)).

En otro contexto que, esperamos, volveremos a ver, el apóstol Pablo escribe: «Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros» ([2 Cor. 4:7](#)). Cito este versículo para considerar su final. Dios nunca da poder intrínseco a sus santos. «Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder» ([Sal. 62:11](#)). Si esto es importante en la vida de los santos, cuánto más –si se me permite hacer esta distinción– lo es para aquellos que son llamados al servicio de la Palabra. Ahora bien, todo servicio y toda acción en la vida del pueblo de Dios requiere Su poder, para poder caminar, servir y trabajar en la energía del Espíritu y expresar la vida de Jesús en la carne mortal.

Con este fin, tras la liberación interviene otra forma de disciplina. Esta disciplina puede darse en mayor o menor medida a lo largo de toda la vida, pero es absolutamente necesaria para producir el estado en el que actúa el poder de Cristo: el cual, como se dice, «se perfecciona en la debilidad».

Para la mayoría de los santos, el objetivo de esta disciplina no es fácil de distinguir al principio. Es percibida y sentida con mayor frecuencia por quienes sirven públicamente en la Palabra que en el camino ordinario del pueblo de Dios. A menudo también se mezcla con los ejercicios antes de que se conozca la liberación; no es fácil distinguirla cuando se analiza la historia del alma. Sin embargo, aunque podamos confundirlos experimentalmente en nosotros mismos, la Escritura los distingue

muy claramente. Solo al crecer en la comprensión de la Palabra y del pensamiento del Espíritu que en ella se encuentra, seremos capaces de dar a cada uno su lugar y su verdadera interpretación. Mientras estamos aquí, solo conocemos en parte, pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte desaparecerá; entonces conoceremos como hemos sido conocidos.

Saulo había servido entre los santos durante algunos años antes de ser apartado para la obra a la que había sido llamado. Esto ocurrió de manera oficial y concreta en Antioquía (**Hec. 13**), donde fue enviado por el Espíritu Santo para su primera misión entre las naciones (pero yendo “primero a los judíos”, como siempre había hecho). Esta misión se describe en detalle en los capítulos 13 y 14 del libro de los Hechos. El vaso había sido preparado en la tranquilidad, y ahora que se adentraba en ese campo de siega más vasto, necesitaba una intervención especial del Señor para despojarle definitiva y completamente de toda idea de *supuesta* fuerza humana. El propio éxito de la obra y el poder de Dios manifestado respecto a las almas requerían intervenciones correspondientes para contrarrestar las tendencias de la carne. Esta siempre busca entrometerse y obstaculizar la obra de Dios. A menudo, bajo formas aparentemente insignificantes, su intromisión es percibida por uno mismo o por los demás: «Las moscas muertas hacen heder y dar mal olor al perfume del perfumista» (**Ecl. 10:1**).

Por lo tanto, cabe esperar ver claramente acciones especiales de Dios al comienzo de este gran ministerio mundial del apóstol, que comienza aquí. Tras la descripción de la primera parte de la obra, y la de Antioquía de Pisidia (**Hec. 13:14**, etc.), vemos ahora a Pablo al frente del grupo de siervos, primero a Iconio (**Hec. 14:1**, etc.), luego a Derbe y a Listra. Allí fue apedreado y arrastrado fuera de la ciudad, pues se le creía muerto. Hago alusión a ello para relacionar este acontecimiento con lo que Pablo revela de su vida en **2 Corintios 12**.

Al no tener ninguna prueba visible de su llamamiento para servir al Señor, como Pedro y los demás a quienes el Señor había designado durante su vida, tenía que demostrar su origen divino por el efecto producido en las almas, como todo verdadero ministerio debe hacer desde entonces. Por lo tanto, su ministerio era constantemente cuestionado. Aún hoy, el siervo debe esperar esta consecuencia cuando busca servir según el pensamiento de Dios y en la línea de aquellos que recibieron un don de Cristo en la gloria.

Esto ocurrió de manera muy dolorosa en Corinto. Los celos de algunos actuaron tanto en su contra, allí donde había hecho la mayor parte de su labor, que se vio

obligado a hablar de sí mismo extensamente (lo cual siempre es doloroso y agotador), y de hablar de servicios, fatigas y penurias que seguramente ningún hombre ha vivido. A causa de la locura de algunos, tenemos aquí un atisbo de una vida de dedicación a Cristo y a la Iglesia sin igual: «¿Son ministros de Cristo? (Hablo como quien ha perdido el juicio.) Yo más; en trabajos más abundante, en cárceles con más frecuencia, en azotes con exceso, en peligro de muerte muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta [azotes] menos uno; tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; pasé un día y una noche en lo profundo del mar; en viajes, muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mis compatriotas, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo arduo y fatiga, con muchos desvelos, hambre y sed, muchas veces sin comer, con frío y desnudez» (2 Cor. 11:23-27).

¡Esto es lo que había hecho por el Señor! Pero ¿qué había hecho el Señor por Pablo? «Me veo obligado a gloriarme, aunque en verdad no es provechoso; pero vendré a las visiones y revelaciones del Señor» (2 Cor. 12:1). Y es aquí donde revela lo que le sucedió «hace catorce años». Es muy probable que la escena de Listra, donde fue dado por muerto, sea el momento en que ocurrió lo que aquí se relata.

Si el capítulo 11 ofrece una historia que podría honrar a Pablo y darle motivos para jactarse, el capítulo 12 nos cuenta cómo el Señor actuó y lo redujo a “nada”. Sin duda era necesario que el líder del cristianismo fuera introducido en cosas que no le estaba permitido revelar. También era necesario fortalecerlo de una manera especial, para que comprendiera, más que nadie, cuál era la parte de todos: el estado del que todo santo podría gozar, aunque, en el estado actual de las cosas, era inexpressable. Pero de ello se derivaba la disciplina que debía vaciar a Pablo de todo vestigio de fuerza humana, reducirlo al estado de vaso sin voluntad propia y sin poder, para que así fuera apto para ser utilizado por la mano del Señor que lo disciplinaba.

«Me veo obligado a gloriarme, aunque en verdad no es provechoso; pero vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años –si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre –si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que no le es permitido al hombre expresar. De tal hombre me gloriaré, pero no me gloriaré de mí mismo, sino en mis debilidades» (2 Cor. 12:1-5).

Ahí fue donde tomó conciencia de todo lo que era, y como hombre en Cristo, con

la esfera de bendición en la que estaba su parte, y de las cosas que allí oyó, inexpressables por el lenguaje humano. La medida de esta parte común a todos los santos puede ser alcanzada de manera diferente por cada uno, pero la parte es la misma para todos; pero yo no entro en eso. Cada uno puede también ejercer su ministerio según lo que tiene en conciencia. Pero siendo así, Dios actuará especialmente para frenar el mal de la carne, de manera proporcional a la medida del conocimiento.

Esta disciplina está adapta a cada uno. Por eso, estoy seguro de que todas las especulaciones sobre la naturaleza de la espina en la carne de Pablo no sirven de nada. Dios, sabiamente, ha considerado oportuno dejarla en la sombra. Si se hubiera conocido, quizá habríamos decidido que no nos concernía, y la habríamos dejado ahí. Al no haber sido revelada, podemos ver, en el caso de este hombre, un gran principio de los caminos de Dios que es aplicable a todos. Cada uno debe tener su propia «espina»: aquello mismo que contrarresta su tendencia natural y actúa en él quitándole toda pretensión de poder y quebrantando en él toda supuesta fuerza.

Lo vemos por todas partes, pero aún mejor en nuestra propia historia. Porque no siempre se nos permite conocer la espina secreta que nos hace sufrir, hasta el punto de que daríamos todo por quitar antes de ver el «fin del Señor». Por así decirlo, él clava la «espina» que nos clava al suelo, impotentes. A veces lo vemos, por ejemplo, en matrimonios mal avenidos. El alma está desgastada, sobre todo si el espíritu es sensible y espiritual. Ningún poder terrenal puede cambiar la aflicción, y no hay liberación celestial. Y también hay un hijo cuya conducta rompe el corazón de un padre: nada sirve, y la «espina» se clava profundamente en el corazón herido. Es posible que se permita cierta humillación, y que el alma sienta que la muerte sería más fácil de soportar. Es posible que una calumnia haya herido dolorosamente al alma. También es posible que una debilidad humana convierta al afligido en motivo de pena para quienes lo aman o de burla para otros. Dios utiliza tales situaciones y las numerosas penas del camino como una «espina», para frenar la energía o quebrantar la fuerza del «hombre».

En esta santa disciplina del alma, la Sabiduría puede actuar sobre: las circunstancias, los amigos, las relaciones, la salud, la buena reputación. Estas cosas, en la mano de Dios, son como las orillas de un río que dirigen a ambos lados la corriente de las aguas que fluyen entre ellas; hacen útiles y fértiles esas aguas, que, si fluyeran sin esas guías, devastarían todo a su alrededor, en lugar de llevar la bendición en su seno. Cuántas veces hemos pensado que podríamos haber sido buenos cristianos si las circunstancias hubieran sido diferentes, en una palabra, si las orillas que guían el río se hubieran roto. No, son los sabios caminos de nuestro Dios los que nos

mantienen justo en el camino en el que estamos, para brillar y glorificarle.

Como Pablo en otro tiempo, cuando le clavaron la «estaca», podemos clamar a Dios, incluso 3 veces como él: Quitá esta espina, este terrible obstáculo para la obra de Cristo, esta debilidad del vaso, lo que merma la energía, este impedimento para el servicio, esta cruel «espina» de la que el alma lucha en vano por liberarse. Pero no, permanece hasta que, al aceptar su amargura, que da lugar a una fuerza que no es la del hombre, y que nos vacía de un poder humano imaginario. Aprendemos nuestra impotencia y sentimos que la lucha es vana. Sin embargo, ahí es donde se encuentra el secreto de la fuerza, pero no la del hombre, no la nuestra. El Señor entra en escena. Encuentra el vaso desprovisto de fuerza, preparado para el poder con el que él puede manejarlo, el estado que le permite utilizarlo. «Me ha dicho: Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo». «Para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Cor. 4:7).

[4] NdT: Dado que la versión inglesa de J.N.D. utiliza “weakness” (debilidades) en lugar de «enfermedades», el autor señala que se glorifica en las «debilidades», no en las «enfermedades».

Los que sirven públicamente al Señor en la Palabra experimentan estas cosas, en cierta medida. Saben bien, sobre todo si son bendecidos y apreciados, qué amargas lecciones deben aprender en secreto con el Señor. Nunca podrían explicarse a otros; a pesar de todo, no hacen más que eliminar la supuesta fuerza del hombre. Todo verdadero siervo se dará cuenta de ello por sí mismo; recordará esos momentos en que la muerte actuaba en el frágil vaso, para que la vida pudiera actuar en aquellos a quienes servía. Sí, comienza a descubrir el valor de esas lecciones, que dan paso a un poder activo que sabe que no es suyo, ni del hombre; y que, mientras en una calma exterior siente la miserable debilidad de su propio corazón, permiten que su Señor intervenga y le dé la victoria.

Esto demuestra que la lapidación tuvo lugar en ese momento (vean 2 Cor. 11:25).

Así, el vaso es llevado por la mano del alfarero –a menudo mediante magulladuras, roturas y aplastamientos en el torno– a su verdadera y bendita forma, en la que solo Dios puede obrar: cuando el vaso diga: «No es que seamos suficientes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor. 3:5); y también: «Tenemos este tesoro en vasos de barro, para

que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Cor. 4:7). Es llamativo: no admite que el poder que viene «de» Dios sea como algo independiente de Él, que nos fuera conferido o transmitido. No, es divino y, por tanto, inseparable de Aquel que actúa; es «de Dios» –y, por tanto, no «de nosotros»; esto no solo niega la idea de que pueda ser así, sino que la palabra empleada subraya aún más claramente esto: que el poder sea *de* Dios y no *de* nosotros [5].

[5] NdT: La versión francesa de JND solo tiene la partícula «de» y no puede transmitir la idea que subraya el autor. Habría que leer: «Que el poder sea *de* Dios y [no *provenga*] *de* nosotros». En inglés, se traduce correctamente así del griego: «The power may be *of* God and not *from* us».

Si el creyente quiere servir a su Señor correctamente, debe haber en él un «cordón de tres dobleces» (Ecl. 4:12): el *motivo*, la *energía* y la *finalidad*.

A veces, el *motivo* puede ser justo y la *finalidad* también, pero la *energía* puede provenir únicamente del vaso humano que obra (en lo que él cree) en las cosas del Señor. Las 3 deben ir juntas: ese es el objetivo de esta disciplina, para que todo sea de Dios y no del hombre.

8 - Capítulo 8: El propósito de Dios en el vaso

«Para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» (2 Cor. 4:6).

«Porque el Dios que dijo que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Cor. 4:6-7).

¡Maravilloso designio de Dios! Encender una lámpara en nosotros y actuar en nosotros de tal manera que el vaso sea transparente en sus manos, para que la gloria de Dios, que brilla allá arriba en Jesús, resplandezca y su pueblo pueda ser la lámpara de Dios en un mundo oscuro que rechaza a Cristo.

Algunos han mencionado las lámparas y las jarras de Gedeón (Jueces 7), como si hubiera aquí una analogía con esa escena; pero allí, la lámpara solo brillaba cuando se rompía la jarra, lo cual no es el caso aquí. El vaso se vuelve *transparente*, si se me

permite decirlo; la carne que impedía que se viera el «tesoro» dentro del vaso se atenúa tanto que este puede brillar con todo su esplendor.

Las circunstancias por las que pasaba el vaso en ese momento, y que concurrían todas a ese fin, merecen ser consideradas seriamente. Forman parte de toda la estructura de la enseñanza que Dios nos da en esta Epístola. En efecto, siempre es así en el ministerio en la época del Nuevo Testamento: el vaso debe pasar por la prueba o el ejercicio, sea cual sea, para formar así el corazón; los afectos se forman por estas cosas; el hombre mismo es tan sostenido y ayudado por Dios en las penas del camino, que «de adentro de él fluirán ríos de agua viva» (Juan 7:38). Ha bebido agua viva en la fuente, en el octavo día, día del poder celestial y de la bendición en Cristo. Su sed ha sido saciada por Cristo. Y así, el hombre interior –espíritu, corazón y alma, el vaso entero– se convierte, para los demás, en el canal de esos arroyos refrescantes que han consolado su alma en su dolor. El Padre de las misericordias lo ha llenado de todo su consuelo en Cristo –tan felizmente lleno, que rebosa y que la corriente se transmite con una fuerza viva, dando fruto en aquellos que se encuentran en su camino en el desierto de este mundo.

Han pasado 14 años desde lo que hemos mencionado. Se han recorrido varios campos de trabajo y, mientras su labor da fruto en Éfeso (Hec. 19), Pablo recibe noticias de las aflicciones y los pecados de aquellos que han sido objeto de su labor en Corinto. Con el corazón lleno de ansiedad, les escribe una carta (1 Cor.), en la que también les enseña abundantemente lo que les es necesario. La poderosa energía del Espíritu de Dios sostiene al vaso para este servicio; luego, la carta es enviada por medio de Tito.

En ese momento, el enemigo entra en escena, con un poder terrible en Éfeso (Hec. 19), y la multitud exasperada, animada por un espíritu de idolatría, se levanta en insurrección. Pablo, por decirlo a la manera de los hombres, “lucha contra las bestias” en Éfeso. Es casi desmembrado por aquellos a quienes Satanás conduce con un poder terrible. Este momento es tan terrible que toda esperanza se pierde, que las fauces de la muerte se cierran, y que su espíritu es como si tuviera en sí «la sentencia de muerte»; «hasta el punto de perder la esperanza de salir con vida» (2 Cor. 1:8-9).

¡Qué momento para el alma! Un hombre vivo, cuya vida era tan auténtica ante Dios que Dios podría haber dicho, en cierto modo: “Un hombre tan auténtico como Pablo debe aprenderlo todo en el poder; su objetivo es llevar en su cuerpo la muerte de Jesús, pues bien, yo le ayudaré a ello: será entregado a la muerte por amor a

Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en su carne mortal⁷. Esta es siempre la recompensa de Dios para aquellos que desean vivir en la fuerza de lo que enseñan y poseen.

Pero al mismo tiempo, una angustia mayor invade su alma. La energía del Espíritu, que lo había sostenido al escribir a los corintios, ha flaqueado. Se ha producido una reacción. Tito se ha ido, y no tiene noticias de lo que ha sucedido. Amamos a aquellos a quienes hemos servido en la Iglesia más que a otros. Entre sus almas y la nuestra se ha formado un vínculo que ni siquiera la gloria borrará (comp. con **1 Tes. 2:19-20**). ¡Qué amargura para el corazón cuando, de cualquier manera, el poder del enemigo viene a romper ese vínculo! Consideramos a esos amados como perdidos para nosotros; los gozos de la comunión con ellos se han desvanecido. Escribió en la grandeza de su servicio, con la verdad del Espíritu brotando de su pluma. Pero la reacción se ha producido. Teme haber perdido a los amados corintios. ¿Cómo recibirán su carta? ¿Es demasiado dura, demasiado severa? En un profundo ejercicio de corazón, se arrepiente de haberla escrito: «Si bien os entristecí con la carta», dice al hablar de su ejercicio de corazón (**2 Cor. 7:8**). Una muerte mayor que la del cuerpo, que parecía inminente, se hace ahora sentir; su alma muere en él en la amargura de su dolor, por así decirlo. Algunos han pasado por este tipo de muerte: hay que conocerla en cierta medida para comprenderla. No podía descansar en su espíritu en la importante y próspera labor en Troas, por lo que, para aliviar su alma, partió en busca de Tito (**2 Cor. 2:13**).

Presión tras presión de la mano del alfarero, pues no es más que arcilla en el torno, toma forma bajo la mirada y la mano experta del Maestro. Estas diversas pruebas caen en un instante, aplastando hasta la muerte el alma de este vaso. Dios atenúa la opacidad que aún persiste, para que la luz pueda brillar con más fuerza, para que el tesoro de su corazón pueda verse más claramente, y para que su propósito en este vaso pueda manifestarse sin obstáculos.

Por fin, «Dios, que consuela a los abatidos, nos consoló con la llegada de Tito» (**2 Cor. 7:6**). Dios «quien de tan terrible muerte nos liberó» (**2 Cor. 1:10**) –de la furia de los hombres en Éfeso. ¡Qué momento reconfortante para el alma que siguió a esto! «Por tanto, hemos sido consolados. Pero, además de nuestra consolación, nos regocijamos mucho más por el gozo de Tito; por cuanto su espíritu ha sido tranquilizado por todos vosotros» (**2 Cor. 7:13**). Él puede decir: «Os hemos hablado con mucha franqueza, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado» (**2 Cor. 6:11**). Su gozo no se ve obstaculizado, puede derramar lo que le dicta el corazón.

¡Qué momento para el verdadero siervo! ¡Qué momento para el pueblo de Dios! Este no sabe cuánto se ve a veces obstaculizado el corazón del siervo en el ministerio, cuánto se le han secado las fuentes de Dios a causa de su estado; el siervo debe entonces aprender nuevas lecciones de la muerte que actúa en él, y sus palabras más brillantes se vuelven opacas, porque los corazones están sordos; y el Espíritu de Dios, entristecido, debe reprender al siervo y al pueblo, en lugar de ser como un río refrescante en una tierra árida.

Pero ¿qué era ese Tesoro que poseía? Pablo era un extraño cofre para ese tesoro –un cofre que no lo *ocultaba*, sino que le permitía estar plenamente *exuesto*. El contexto lo explicará. En primer lugar, se recuerda un momento de la historia de Israel en el que se dio a conocer por primera vez la naturaleza de Dios –en soberanía manifestada en misericordia –y que sienta las bases de ese Tesoro.

La historia de Israel se desarrolló bajo la égida de una gracia pura y viva, desde el día en que Dios llamó a Moisés para que fuera el liberador de su pueblo, detrás del desierto de Madián, hasta el día en que, como pueblo liberado, comprado y redimido, bebió el agua de la roca golpeada en Refidim. Muchas veces abusaron de ese torrente de gracia viva y murmuraron contra quien lo derramaba.

Luego Israel recibió el don de la Ley que, apenas recibida, fue transgredida. Así, todas las relaciones quedaron destruidas, que se tratara de la gracia o de la Ley; se abusó de la gracia; el becerro de oro fue la respuesta a su palabra: «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos» (Éx. 19:8). Moisés se alejó de aquella escena diciendo: «Quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado» (Éx. 32:30). Regresó y se separó del campamento culpable de Israel. Entonces, durante la conmovedora entrevista que siguió, y ante el clamor de Moisés: «Te ruego que me muestres tu gloria» (Éx. 33:18), Jehová se retiró en sí mismo –se mantuvo en una soberanía que puede hacer lo que quiera. Solo Él puede decir: «Yo haré», y nadie puede impedirselo. «Tendré misericordia del que tendré misericordia» (Éx. 33:19). Así se manifestará su soberanía: «porque se deleita en misericordia» (Miq. 7:18).

Moisés descendió del monte, con las segundas tablas de la Ley en la mano, la piel de su rostro resplandeciente con el brillo de ese nuevo nombre apropiado: «¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad» (Éx. 34:6). La misericordia soberana era el fundamento de esa relación de Dios con Israel. Pero llegamos ahora a Pablo, en 2 Corintios, y constatamos que *la misericordia soberana es el fundamento del Evangelio de la gloria*, al que él llama especialmente «nuestro Evangelio» (2 Cor. 4:3).

¿Cuál era, pues, este Evangelio? ¿Era diferente del de los demás apóstoles? Porque fue este Evangelio el que comunicó «este Tesoro» a Pablo (vean 2 Cor. 4:7), quien aquí es como un hombre representativo –el modelo de todos los que vendrán después de él. La misericordia, soberana y gratuita, resplandece en el caso de este hombre más que en todos los demás, como ya hemos visto. Esto es lo que nos dirá al afirmar: «Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio, según la misericordia que se nos otorgó, no desfallecemos» (2 Cor. 4:1-2).

Cristo había muerto: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2 Cor. 5:21). Dios había abandonado a quien había confiado en su Dios. El que había enseñado a los demás a confiar en Él estaba él mismo abandonado, y el grito «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» lo atestiguaba; y era objeto de burla por parte de sus enemigos: «Ha confiado en Dios; que lo libre ahora, si lo quiere» (Mat. 27:46, 43). No vemos aquí ninguna justicia. Pero vemos que «Jehová, el Justo», aborrece la iniquidad (Sal. 11:7) –y su Hijo, habiendo tomado tal lugar, debe asumir todas las consecuencias. Es el justo juicio de Dios *contra el pecado* lo que vemos aquí.

Fue bajado de la cruz y puesto en el sepulcro. Los soldados dormían custodiando el sepulcro: quedaron como muertos cuando el ángel de Dios descendió para apartar la piedra donde había sido depositado el muerto. Pero Cristo había resucitado. Ya no estaba allí. El sepulcro sin sellar, los sudarios doblados, indicaban el gran hecho de que ningún sepulcro podía retener al Hijo de Dios.

Unos días más tarde, tiene lugar otra escena. En el Monte de los Olivos, unos 500 discípulos se encuentran allí y, de entre ellos, un hombre asciende al cielo y desaparece de su vista. Allí es aclamado por Dios en justicia, como el Autor de la salvación eterna, como Aquel que establece la justicia contra el pecado, pues «Jehová es justo, y ama la justicia» (Sal. 11:7). El Padre le da de nuevo el Espíritu Santo para enviarlo a otros y, desde la gloria, se envía el mensaje (que detendrá a Saulo de Tarso) de que el Hijo ha magnificado tanto esta justicia de Dios, que Dios lo ha colocado en su trono y, desde los cielos, se envía la noticia de que la justicia de Dios puede ahora manifestarse *para el hombre pecador, para su salvación, y no contra él en juicio*; y que todos los que se someten a Jesús, el Nazareno, se convierten en él en «justicia de Dios» (vean 2 Cor. 5:21).

«Nuestro Evangelio» habla de la gloria de Dios. Viene como un ministerio de justicia y del Espíritu (2 Cor. 3:8-9); ya no es el ministerio de la «condena» y de la «muerte». Resplandece del rostro de Aquel que ha cumplido la obra y a quien Dios ha sentado

en su trono – testimonio de su aprecio por la obra cumplida. Eso era el «Tesoro». Era todo lo que había salido de la gloria de Dios, hallado en Cristo y poseído en el vaso de barro.

Luego viene el proceso de “atenuación”, por el cual el vaso se convierte en el medio a través del cual debe brillar la luz. La luz entra por el ejercicio de la conciencia y brilla por el ejercicio del corazón. La “*vida* de Jesús” debe manifestarse en el vaso de barro (2 Cor. 4:10); la *fe* de Jesús (2 Cor. 4:13 y comp. con Sal. 116:10) debe expresarse en él, y la *esperanza* de Jesús (2 Cor. 4:14) debe animar el corazón. Y la leve tribulación de un momento, por la que pasa, no hace más que aumentar su capacidad y, de este modo, darle un peso eterno de gloria mucho mayor. Con la mirada fija en lo invisible y eterno (lo visible y temporal pasa); y aunque la casa terrenal –adaptada a la etapa terrenal– se deteriore, un edificio de parte de Dios, una casa no hecha por el hombre, que es segura; y si Jesús viene –todo lo que queda de mortal será absorbido por la vida (comp. con 2 Cor 4, 5).

Tal es, pues, el designio de Dios respecto al vaso de barro; tal es el proceso para reducirlo a todo lo que desea. La luz de la gloria en el rostro de Jesús brilla en las alturas, y en la tierra, la luz de las lámparas brilla frente al candelabro para mostrar su belleza.

9 - Capítulo 9: Dios en el vaso

«La sentencia de muerte» (2 Cor. 1:9).

«El poder de su resurrección» (Fil. 3:10).

Los versículos al principio de este capítulo presentan 2 principios que un vaso escogido por Dios debe aprender de manera práctica. No se limitan únicamente al período cristiano; estas lecciones se han enseñado de diversas maneras y han sido aprendidas con mayor o menor inteligencia por los elegidos, en todos los tiempos y en todas las dispensaciones, aunque el significado doctrinal no se conociera claramente antes de la época del Nuevo Testamento.

Son, en cierto modo, correlativos. El *primer* principio se enseña al vaso de manera experimental, y al hacerlo, constata el *segundo* actuando en él. ¡El «poder de su resurrección» solo puede tener que ver con un hombre muerto! Por lo tanto, si la muerte actúa en él, la vida también actúa en él por el poder de la resurrección. Este

poder es solo de Dios.

Estas son las grandes lecciones asignadas a todo creyente mientras esté en la tierra. La medida en que se aprenden, así como son percibidas por el alma, es otra cosa muy distinta. Pero ¡qué fuerza encuentra el alma cuando aprende a aplicar la cruz cada vez que la vida humana se manifiesta en su cuerpo, y a llevar en sí misma la sentencia de muerte, moral o corporalmente, para no confiar en sí, sino en Dios, que resucita a los muertos. Entonces, la muerte actúa en él, y la vida hacia los demás.

El primer principio –«teníamos dentro de nosotros mismos la sentencia de muerte»– precede al deseo «de conocerlo a él y el poder de su resurrección». Lo veremos al examinar otros casos de la Escritura, «para nuestra enseñanza fue escrito» (Rom. 15:4).

La historia del «padre de los creyentes» nos ayudará en ello. El camino de Abraham presenta las relaciones de Dios con un hombre en quien vemos desplegarse gradualmente las lecciones de Dios para el alma, antes de que su doctrina nos esté revelada en el Nuevo Testamento.

Al igual que nosotros, en nuestra medida, él tuvo que experimentar todas las etapas para alcanzar la perfección final. Si el santo del Nuevo Testamento aceptara lo que allí se enseña, comenzaría donde los demás terminaron. Pero el estado del alma, el poder de la carne y el engaño de nuestros corazones son tales que, por desgracia, también debemos aprender todas las lecciones de forma experimental.

Pablo aprendió estas cosas de manera práctica, pero con una gran diferencia respecto a nosotros. En cuanto a nosotros, las aprendemos a través de nuestros errores, que nos hacen conocer (más bien como Pedro) el ministerio restaurador de Cristo. Para Pablo fue muy diferente; él muestra más bien un corazón sincero, instruido, y una mirada sencilla, de modo que se benefició del ministerio de Cristo más como disciplina preventiva que de restauración, pasando por diferentes circunstancias para que su alma experimentara las lecciones. Vemos errores en su vida, pero fueron pocos.

En cierto sentido, todos experimentamos las 3 formas en que Dios se reveló a Abraham. Fue llamado por el «*Dios de gloria*» (Hec. 7:2). Fue sostenido por el «*Dios Todopoderoso*» (Gén. 17:1), y todo le fue provisto por «*Jehová-Jire*» (Jiré = proveerá). Esta es su historia como creyente. Pero no todo le fue revelado al principio: la carne debía ser quebrantada, la naturaleza caída debía ser desvelada, la ley debía ser puesta a prueba y hallarse inadecuada para la fe; era necesario que la promesa fuera asida,

y luego, una vez cumplida, su objeto debía ser entregado al poder de la resurrección en el monte Moria. Antes de llegar a eso, nunca fue verdadera y plenamente un adorador, y nunca conoció a Dios bajo ese nuevo nombre «Jehová-Jiré». No me detendré en su historia anterior. Él también hizo lo que hacen los verdaderos hijos de Dios, hasta que aprenden de otra manera. Al principio, cuando fue llamado por Dios, veía que había que hacer la voluntad de Dios o poseerla, y se esforzó por realizarla y cumplirla con la fuerza del hombre. Todo fracasó, y finalmente Dios *hizo por medio de él* lo que él había intentado *hacer por sí mismo*. El fin perseguido era justo y el motivo era justo, pero la energía empleada era la del «hombre». Aún no había asumido «la sentencia de muerte», ni había aprendido «el poder de su resurrección».

¿No fue así con Moisés cuando intentó liberar a Israel? ¿Con David en Siclag? ¿Con Pedro en el pretorio? Cada uno fue puesto a prueba y buscó hacer lo que era justo y conforme a Dios, pero con la fuerza del hombre; y al final, Dios hizo, por medio de cada uno, las mismas cosas que cada uno había tratado de hacer por sí mismo. Lo vemos todos los días en la historia de los santos, como en la nuestra. También hemos visto a menudo a algún joven creyente, en su primer fervor, captar la verdad y reconocer la voluntad del Señor de una manera más profunda y espiritual que más adelante en su vida. Pudo eludir esa voluntad o intentar cumplirla con fuerzas humanas, pensando que, como era justo y conforme a Dios, debía hacerlo *él mismo*. Años más tarde, si no cometió ningún error ni se apartó, esa voluntad se cumple en él por Dios mismo. O bien, si cometió un error o se apartó, le fue impuesta por los dolores, las pruebas y los quebrantamientos de la carne y de la voluntad del hombre que había obstaculizado la obra.

Esto también se ve en quienes han querido servir al Evangelio o a la Iglesia. Un joven se derrumba porque la energía del corazón, que le impulsó a convertirse en siervo, ha flaqueado, quizá por haber sido recibida con frialdad, o algo por el estilo. Si tenía un don de Cristo, su deseo era justo y conforme a Dios, pero su energía personal no se había quebrantado. Pudieron seguir dolorosas lecciones (como pocas hay); pero observemos el resto de su historia: si camina con Dios, saldrá brillantemente adelante en un servicio útil al Señor: *Dios* hará por *él* lo que *él* intentó hacer *por sí mismo* en vano.

En el caso de Abraham, vamos a examinar el momento en que fue capaz de hacer suya «la sentencia de muerte» en la «señal del pacto» con la circuncisión ([Gén. 17:11](#)), aprendiendo así la vanidad de la carne y a renunciar a sí mismo en las cosas de Dios.

Habían transcurrido casi 14 años desde el nacimiento de Ismael, hijo de la sierva –ese esfuerzo de la energía del hombre por cumplir los designios de Dios. Había sido criado en la casa de Abraham durante 2 veces 7 años. Exteriormente, todo parecía prometedor por el momento, pero durante 14 años, Abraham había seguido su propio camino. En su historia, esos años pasan por alto y no se reconocen. ¡Ah, cuántas historias de creyentes resultarán ser solo un vacío en poco tiempo! El poder del hombre quería hacer avanzar las cosas de Dios. Pero lo descubrirá en una breve entrevista, durante la cual su trayectoria y su Ismael son totalmente ignorados; no con palabras, sino por la simple revelación de Dios mismo –el Todopoderoso. Aquel que era *todopoderoso* contrastaba con el *supuesto poder* del hombre.

Queridos lectores, ¿no conocen casos así? ¿No han visto vidas aparentemente útiles –en caminos que se supone que son según Dios– quedar aniquiladas en un instante, juzgadas por una verdad que ilumina el alma? ¡Son muchos los caminos que se desvanecerían en la niebla si un solo rayo de luz divina los iluminara! Sí, incluso aquellos que se basan en la Palabra de Dios y en Su voluntad conocida en la verdad, por no hablar de los miles de caminos de supuestos servicios, que carecen de fundamento: los primeros, hechos por la fuerza del hombre, no valen nada; los segundos, no merecen ser analizados, de tan poco valor que son.

Abram tenía 99 años. Jehová se le apareció y le dijo: «Yo soy el Dios Todopoderoso [El-Shaddai]; anda delante de mí y sé perfecto... Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él» (Gén. 17:1, 3). ¡Qué momento tan trascendental!: descubre, durante esta conversación, que aún no había entrado en el camino de Jehová. Había caminado según su propia luz. Todo era vano, todo debía ser ignorado; tenía que escuchar, postrado ante Dios, la revelación del pensamiento de Dios desvelado hasta entonces, y oír que los 14 años transcurridos se consideraban un vacío en su historia. Una sola frase se escapa de sus labios en todo este capítulo, dejando entrever el grito de su corazón. Es la lucha de alguien que ahora siente que no había nada de Dios en esos muchos años alimentados de esperanzas, que debe abandonar ese camino que él mismo se había trazado para emprender el camino de Dios, dejando todo atrás como un error, como el esfuerzo del hombre por llevar a cabo las cosas de Dios.

¡Qué momento para el alma! ¿No han tenido a veces los creyentes tales despertares del alma? ¿Momentos en los que lo que alegraba la vista se desvaneció y se escuchó el grito del corazón: «¡Ismael viva ante ti!»? (17:18) ¿Hay que dejarlo todo? ¿No pueden salvarse algunos vestigios de los días pasados? ¿*Todo* era erróneo? ¿Hay que ignorarlo todo? Dios puede tener piedad del alma en esto, aunque no era su intención. Puede decir, en cierto modo: «En cuanto a Ismael, también te he oído»

(v. 20). Este vínculo puede salvarse y bendicirse en el plano terrenal, pero nunca entra en el camino divino: «Yo estableceré mi pacto con Isaac» (v. 21).

Ahora oímos a Dios declarar 7 veces de manera perentoria sus palabras, a las que el hombre nunca podrá colaborar (v. 2-8). «Pondré mi pacto entre mí y ti, y te *multiplicaré* en gran manera... Serás padre de muchedumbre de gentes... Te *multiplicaré* en gran manera, y *haré* naciones de ti... Y *estableceré* mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. ...Te *daré* a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras... y *seré* el Dios de ellos» (comp. con *Gál. 3:29*).

Abram no puede sino escuchar, recibir, oír todo lo que Dios mismo hará por medio de él. Su fuerza no era más que la de un hombre; no podía sino estropear el poder de Dios en la resurrección. Debe aceptar el sello de esta nueva creación, debe hacer suya «la sentencia de muerte» mediante el «signo del pacto» por la circuncisión —el sello de la justicia que tenía por la fe, él que aún era incircunciso.

Fíjense en ese momento en su cambio de nombre, que expresa el significado de todo esto. Digamos más bien que Dios da a ese nombre Su propio aliento. A partir de ahora será Abraham, en lugar de Abram. El aliento del nombre de Jehová, el Dios que es, se confiere al suyo; él es, por así decirlo, hecho “partícipe de la naturaleza divina” (comp. con *2 Pe. 1:2*). Pertenece a la nueva creación de Dios [6].

[6] Este es también el caso de muchos otros en la Escritura: por ejemplo, Oseas es cambiado a Josué en *Números 13*.

Era la señal de «la sentencia de muerte» sobre el hombre, y la entrada en el lugar donde “todo es de Dios”, cuyo sello era la circuncisión. La obra de Dios se cumpliría en el vaso mediante Él solo. El vaso humano debe inclinarse. Debe hacer suya esta sentencia. En espíritu, debe entrar en la nueva creación con un nuevo nombre dado por Dios.

El vaso debe estar desprovisto de voluntad y de fuerza en Su mano. Pero, además, debe conocerse el «poder de su resurrección», pues solo este puede actuar en un muerto, para sacarlo de la muerte y hacerle entrar en esta nueva esfera. («Ni considero [7] su propio cuerpo, ya muerto», «no dudó, por incredulidad, ante la promesa de Dios») (*Rom. 4:19-20*). Este poder interviene ahora: «A Sarai tu mujer no la llamarás Sarai, mas Sara será su nombre» (*Gén. 17:15*). Ella también debe participar de la naturaleza divina, por así decirlo; su nombre también debe recibir el aliento del

nombre de Dios, para pertenecer, ella también, a la nueva creación. «Y la bendeciré, y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella» (Gén. 17:16). Vuelve a postrarse sobre su rostro –ahora como *Abraham*. Se “fortaleció en la fe, dando gloria a Dios”. Abram ya se había postrado y había *escuchado*; pero ahora «*Abraham* se postró sobre su rostro, y se rio, y dijo en su corazón: ¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?... Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac [8]; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él» (Gén. 17: 17, 19).

[7] Algunos traducen: «tuvo en cuenta», lo cual es muy probablemente correcto y acorde con el tema.

[8] Isaac significa «risa» o «alegría»: hace cantar su corazón a Jehová; realiza esa alegría celestial: ese «octavo día» del poder de la creación.

«El poder de su resurrección» (Fil. 3:10) era ahora el recurso de Dios. La fuerza y las esperanzas humanas habían muerto en Abraham y Sara; la «sentencia de muerte» se había fijado en sus almas, para que «no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2 Cor. 1:9). Abraham, «contra toda esperanza, él creyó con esperanza que llegaría a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que le había sido dicho: Así será tu descendencia» (Rom. 4:18).

Pero la enseñanza no se detiene ahí. Al aparecer por primera vez ante Abraham como el Todopoderoso, Dios le dijo: «Anda delante de *mí*, y sé *perfecto*» (Gén. 17:1).

Hasta entonces, Jehová había sido su escudo y su gran recompensa. Lo había protegido en su camino y lo había guardado de sus enemigos. Ahora, esperaba más de él: su nuevo nombre traería consigo nuevas responsabilidades. El-Shaddai, él mismo, se había revelado, podía hacer todas las cosas y solo necesitaba un recipiente vacío bajo la «sentencia de muerte» para utilizarlo. Ahora se requería la “perfección”. Es la respuesta del alma a la revelación de Dios, el alma respondiendo a todo lo que Dios es (tal y como se le conoce), como un rostro responde al rostro en un espejo.

Tenemos, pues:

- La circuncisión, que viene primero, como señal de la sentencia de muerte y de la renuncia a uno mismo;

- el poder de su resurrección, que sigue a la primera, como el de Dios, el cual debe actuar en un hombre muerto;
- la perfección que se exige de aquellos en quienes se manifiestan los 2 puntos anteriores.

Estas son las bases de lo que debe aprenderse de manera práctica por el vaso de la promesa, y cuyo significado espiritual se conocerá luego en los tiempos del Nuevo Testamento.

Ahora, al volvernos hacia Pablo, en Filipenses, encontramos todo esto. El vaso está ahí en su belleza moral y su perfección, en la medida en que pueda alcanzarse aquí abajo. Es como un vaso de misericordia en el torno del alfarero; no se ven ni las obras de la carne, ni el pecado, ni la debilidad del hombre. No hay defecto. El vaso no está estropeado en las manos del alfarero. Es cierto que aún no está transformado a la imagen del alfarero en la gloria, pero está reducido al máximo en la tierra, hecho tan transparente como aún puede serlo, y el «Tesoro» brilla en todos sus aspectos: Cristo es el motivo, Cristo es la energía, Cristo es la finalidad. El alfarero se ve ahora en el vaso.

En [Filipenses 3](#), encontramos los grandes principios vistos en [Génesis 17](#). Pablo pasa por un trabajo preparatorio. 4 años de prisión, encadenado a un soldado, han hecho su obra. El alma ha sido despojada de todas las «cosas deseables». La labor para Cristo, que era su vida, se había detenido ahora, en lo que respecta a la lucha exterior. Le esperaban lecciones aún más brillantes: lecciones para la Iglesia de Dios, para toda su estancia en la tierra, debían salir del capitolio romano donde estaba encadenado.

Si Abraham había aprendido únicamente que toda la energía del hombre debía estar *muerta*, él toma conciencia de ello y lo acepta. «*Nosotros somos la circuncisión*» ([Fil. 3:3](#)), dice. La dolorosa lección ha pasado. Cristo había dejado la tierra; había muerto a esa escena y había salido de ella para ascender a ese nuevo lugar que ahora ocupa plenamente, como «el principio de la creación de Dios» ([Apoc. 3:14](#)). Él es el jefe de este nuevo orden de cosas, y nosotros estamos asociados a Él, siendo «circuncidados con circuncisión no hecha a mano» ([Col. 2:11](#)); participamos de todo aquello en lo que él entró, como Hombre. Estamos circuncidados en él, como lo estaba Sara en Abraham. «*Nosotros somos la circuncisión, los que damos culto por el Espíritu de Dios, y nos glorificamos en Cristo Jesús, y no teniendo confianza en la carne*»; es la «sentencia de muerte» sobre todo lo que se asemeja a la energía del hombre, incluso lo mejor, y la carne no puede sino ser ignorada, incluso en su mejor

aspecto.

Todo lo que se asemejaba a eso, todo de lo que el hombre podía jactarse, queda de lado. Si había un hombre que tenía de qué jactarse en cuanto a la carne, era él. Aquí, no se trata de la «carne del pecado», sino de aquella que tiene buen aspecto a los ojos del hombre, el mejor fruto que el hombre podía producir en las cosas divinas: por el nacimiento, el celo religioso, la justicia que es por la Ley aplicada al hombre en la carne, todo fue abandonado en esa muerte moral cuyo sello era la circuncisión.

Pero, además, consideraba «todas las cosas» como una pérdida; no hacían más que oponerse a lo que él deseaba. «Para conocerle a él y el poder de su resurrección» (Fil. 3:8, 10); este es otro punto notable de Génesis 17: la contemplación de Cristo en la gloria da lugar al deseo de conocerlo allí –en esa escena del cielo donde resplandece toda su gloria; mientras que aquí abajo, el vaso vaciado de sí mismo, sin voluntad, sin fuerza, descubre que ese poder que elevó al Hijo fuera de la escena terrenal, de ese camino de dolores, y que lo sacó de la tumba, opera en el vaso, manejándolo y utilizándolo únicamente para su propio designio, para obrar aquí abajo para Su gloria.

¿Cómo actuaba ese poder en Pablo? Observen que este hombre, que más que ningún otro poseía tal energía al servicio de Cristo en el Evangelio, estaba encarcelado como un malhechor, sospechoso ante sus hermanos, evitado por todos durante un tiempo, apartado de la obra que estimaba más que su propia vida. Su corazón generoso había alimentado la esperanza de que, tras haber evangelizado el mundo oriental –«desde Jerusalén y todo su alrededor hasta Ilírico», donde había anunciado plenamente «el Evangelio de Cristo» (Rom. 15:19)–, iría ahora al Occidente, hasta España, a llevar la palabra de vida.

Retenido en las redes de una prisión, el “vaso grande” aprende a decir, tras 4 años de prueba: «Hermanos, quiero que sepáis que las cosas que me han sucedido han contribuido al progreso del Evangelio» (Fil. 1:12). Dios hacía cosas más grandes cuando el gran vaso al que se le había confiado el Evangelio de la gloria de Cristo era apartado de su trabajo activo. La mayoría de los hermanos habían cobrado confianza (puesto que su caso estaba en manos de Dios, confiaba, con el corazón en paz, en su amor que justifica), pues sus ataduras eran manifiestamente en Cristo, y tenían mucho más valor para anunciar la Palabra sin temor.

Pero Dios *fabricaba* el vaso para su uso. Estaba en el torno del alfarero. Tendría que hacer cosas más grandes que las que su corazón había imaginado. La evangelización del mundo occidental no era nada comparada con la redacción de esas Epístolas

escritas desde su prisión en Roma para instruir, consolar y alegrar los corazones de millones de creyentes durante casi 2.000 años. Para ello, solo «el poder de su resurrección» podía actuar. Y si la «comunidad en sus padecimientos» llegaba hasta la conformidad «en su muerte», no era más que el camino por el que llegaría a «la resurrección de entre los muertos» y se parecería así más a Cristo (Fil. 3:10-11).

Una vez más, vemos la “perfección” en el vaso, en la medida en que puede alcanzarse aquí abajo. Esta «perfección» es siempre de naturaleza acorde con la dispensación y responde a la revelación que Dios se complació en hacer de sí mismo en su tiempo: como el Todopoderoso, Jehová o el Padre de nuestro Señor Jesucristo (vean Gén. 17:1; Deut. 1:8; Mat. 5:48; Efe. 1:3).

Es importante para nosotros comprender los diferentes aspectos en los que se contempla la perfección en la Palabra.

Tenemos una perfección de *posición*, como podríamos llamarla; toda alma que pertenece a Cristo la posee en Él; la *posición* del creyente liberado por el Evangelio está ahora establecida. Esta perfección de posición contrasta con lo que un judío bajo la Ley podía poseer, pues «la Ley no perfeccionó nada» (Hebr. 7:19). Bajo el Evangelio, la conciencia del creyente está perfeccionada por la preciosa sangre de Cristo. Una vez purificado, el adorador ya no puede ser acusado de pecado. Con una sola ofrenda, Cristo ha perfeccionado para siempre a los que son santificados, es decir, a los que son apartados para Dios por su sangre.

Pero, además, ha muerto con Cristo al antiguo estado que poseía como hijo de Adán. También ha resucitado con Cristo en una nueva esfera; «nos vivificó con Cristo, y nos sentó (judíos y gentiles) con él en los lugares celestiales en Cristo Jesús» (Efe. 2:6). Toda alma que está unida a Cristo se encuentra en esta “perfección” ante Dios. No me refiero aquí a la realización de esa perfección. Pablo se esforzó por presentar a todo hombre perfecto en Cristo (Col. 1:28). En esto, no hay perfección intrínseca en el santo, sino que es su posición en la dispensación. Está completo en aquel que es el jefe de todo principado y de todo poder. Está circuncidado (posicionalmente) en Él por el paso a este nuevo orden de cosas, en la circuncisión de Cristo, ese octavo día, al que pertenecía la circuncisión. (Debe cumplirse en el tipo en ese octavo día.)

Se puede alcanzar aquí una perfección *moral*: Pablo mismo la ha seguido y nos exhorta a ello (Fil. 3:15). Su condición, tal y como se ve en Filipenses, es lo que el Espíritu de Dios ha obrado en el vaso, produciendo en él un reflejo y una respuesta aquí a todo lo que Cristo es en el cielo, llenando su alma de la esperanza de ser conforme a Él en su camino en la tierra, hasta la tumba, de la cual el poder de su

resurrección la levantaría si fuera «conforme a su muerte». «Todo lo tengo» (Fil. 3:8, 10), eran basura para buscar tal perfección; se alcanzaba dejando de lado todo aquello de lo que el hombre pudiera gloriarse; se operaba por el Espíritu Santo en un vaso vacío, sin voluntad, apresurándose hacia la meta. «Pensemos así todos los que hemos alcanzado madurez espiritual... y si pensáis otra cosa, esto también os lo revelará Dios» (Fil. 3:15). Es cierto que todo el mundo puede alcanzarla, aunque pocos lo logran realmente, por carecer de una mirada sencilla.

Pero la «*perfección*» en *sí misma* nunca podrá alcanzarse en la tierra. Ciertamente, todos los que pertenecen a Cristo poseen en Él la perfección de *posición*. La perfección *moral* puede ser alcanzada por el creyente de corazón sincero que se somete a la acción del Espíritu de Dios. Pero la meta no se alcanzará aquí abajo, ni antes de que se despliegue el poder de Cristo, de que «lo mortal sea absorbido por la vida» (2 Cor. 5:4) y de que él transforme el cuerpo de nuestra humillación a la semejanza del cuerpo de su gloria, según la operación de ese poder que él tiene para someter incluso todas las cosas. Esto es lo que dirá Pablo: «No es que ya lo haya alcanzado [el premio] o que ya sea perfecto; pero sigo adelante, esperando alcanzar aquello para lo cual me alcanzó Cristo» (Fil. 3:12).

Así, el padre de todos los que creen aprendió en su día su triple lección de manera experimental en su camino, y el jefe del pueblo de Dios, en la época del Nuevo Testamento, la aprendió en el suyo. Era un hombre con las mismas pasiones que nosotros, pero tenía una mirada sencilla, un único motivo, un corazón sin divisiones. Allí arriba, con Cristo, espera el fruto de todo lo que la mano del alfarero ha moldeado hábilmente; ya no queda ni un solo defecto, ya no necesita ser aplastado. Mientras tanto, disfruta de una “parte mucho mejor”. Pronto, «esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal revista la inmortalidad» (1 Cor. 15:54), y la obra del Maestro resplandecerá en él, como un vaso de misericordia, «que él preparó para la gloria» (Rom. 9:23).

Entonces habrá recibido «la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no solamente a mí, sino también a todos los que aman su aparición» (2 Tim. 4:8).